

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

phase

Año Jubilar
sobre la Misericordia

331

enero / febrero 2016 (año 56)

phase

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

Vinculada
al Instituto
Superior
de Liturgia
de Barcelona,
de la Facultad
de Teología
de Catalunya

Fundador
Pere Tena †

Director
Jaume Fontbona

Jefe de redacción
José Antonio Goñi

Consejo
Luis Fernando Álvarez (Madrid)
Dionisio Borobio (Salamanca)
Juan María Canals (Madrid)
Manuel Carmona (Jaén)
Ángel Cordovilla (Madrid)
Lino Emilio Díez (Madrid)
Pere Farnés (Barcelona)
Juan Javier Flores (Roma)
Aurelio García (Valladolid – Roma)
Luis García (León)
Jaume González (Barcelona)
Ramiro González (Ourense)
Jordi Latorre (Barcelona)
Julián López (León)
Luis Maldonado (Madrid)
Alejandro Pérez (Málaga)
Salvador Pié (Barcelona)
Jordi-Agustí Piqué (Montserrat – Roma)
Lluís Prat (Solsona)
Roberto Russo (Montevideo)
Josep Urdeix (Barcelona)

Publicado por
Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Nàpols 346, 1. 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 📠 933 184 218

✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

phase

Año 56

2016

phase

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

Vinculada
al Instituto
Superior
de Liturgia
de Barcelona,
de la Facultad
de Teología
de Catalunya

Fundador
Pere Tena †

Director
Jaume Fontbona

Jefe de redacción
José Antonio Goñi

Consejo
Luis Fernando Álvarez (Madrid)
Dionisio Borobio (Salamanca)
Juan María Canals (Madrid)
Manuel Carmona (Jaén)
Ángel Cordovilla (Madrid)
Lino Emilio Díez (Madrid)
Pere Farnés (Barcelona)
Juan Javier Flores (Roma)
Aurelio García (Valladolid)
Luis García (León)
Jaume González (Barcelona)
Ramiro González (Ourense)
Jordi Latorre (Barcelona)
Julián López (León)
Luis Maldonado (Madrid)
Alejandro Pérez (Málaga)
Salvador Pié (Barcelona)
Jordi Agustí Piqué (Montserrat – Roma)
Lluís Prat (Solsona)
Roberto Russo (Montevideo)
Josep Urdeix (Barcelona)

Publicado por
Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Nàpols 346, 1. 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 📠 933 184 218

✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

EDITORIAL

- La misericordia se manifiesta en la historia. II Memorial
Pere Tena de Pastoral Litúrgica (Jaume FONTBONA)..... 5

ARTÍCULOS

- Marcos ACEITUNO DONOSO
La misericordia de Dios en la Sagrada Escritura..... 9

- Jordi LATORRE CASTILLO
La misericordia de Dios nos llama a la conversión.
Los evangelios dominicales de la Cuaresma en el ciclo C 21

- Bert DAELEMANS
«Allí te di la mano». El sacramento de la reconciliación
como manifestación de la misericordia divina..... 37

- Roberto Russo
«Misericordia» en los *Ordines* del Pontifical Romano 53

PUNTOS DE VISTA

- Un año extraordinario de misericordia (Maurizio
BARBA) 67

- ¿Cómo se manifiesta en la pastoral litúrgica del año
de la misericordia? (Ramiro GONZÁLEZ COUGIL) 78

La liturgia desde la Encíclica «Laudato sí'» (Dionisio BOROBIO)	85
---	----

LIBROS

Bibliografía reciente (Jose Antonio GOÑI – Cristóbal M. ORELLANA)	99
---	----

LA MISERICORDIA SE MANIFIESTA EN LA HISTORIA

No podíamos dejar de dedicar un monográfico de *Phase* al Año Jubilar acabado de empezar sobre la misericordia. Sobre todo cuando el obispo de Roma, el papa Francisco, insiste en la oportunidad de glorificar al Padre a través de nuestro testimonio cristiano. En concreto, en la Bula de convocación del *Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, el papa Francisco insiste:

Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. Es por esto que he anunciado un *Jubileo Extraordinario de la Misericordia* como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes (*Misericordiae vultus* 3).

Hemos acabado de celebrar el tiempo de Navidad, que nos ha recordado cómo los ángeles proclamaban la manifestación de la gloria de Dios en el niño Jesús y cómo los pastores la acogían y se convertían en testigos de la misma, glorificando a Dios (cf. Lc 2,10-20). La gloria de Dios es la fuerza, la potencia de su misericordia, y se glorifica a Dios esparciendo por doquier su amor misericordioso, el perfume de la misericordia divina. Así pues, los cristianos tenemos que ser los pastores de hoy allí donde estemos y peregrinemos.

En definitiva, como nota Mauricio Barba en su comentario a la bula papal, el papa Francisco quiere revalorizar en el seno de la Iglesia y, a través de la misma, en el mundo el valor de la misericordia, para que toda persona bautizada e iniciada en la fe en Jesucristo pueda vivir en lo ordinario de su propia existencia la misericordia divina y ser agente de perdón y de paz en el mundo.

II MEMORIAL PERE TENA DE PASTORAL LITÚRGICA

El Año Jubilar también quiere conmemorar el quincuagésimo aniversario de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. Precisamente, en la citada bula de convocación, el obispo de Roma destaca la necesidad de mantener vivo y actual el evento conciliar. Estas son sus palabras:

La Iglesia siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo periodo de su historia. Los padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de siempre. Un nuevo compromiso para todos los cristianos de testimoniar con mayor entusiasmo y convicción la propia fe. La Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre (*Misericordiae vultus* 4).

Y una manera de mantener vivo el evento conciliar y que la Iglesia sea signo vivo del amor misericordioso del Padre es que la liturgia ayude a ello, como maestra y pedagoga. Teniendo en cuenta este propósito, el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona (CPL) ha concedido la segunda edición del *Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica*, conjuntamente al obispo Julián de León y al padre claretano Juan María Canals. Cada año el CPL otorga este Memorial en recuerdo del apreciado obispo, fundador del CPL y excelente pedagogo de la liturgia. Con esta concesión conjunta, el CPL ha querido distinguir la labor realizada por ambos en el campo de la pastoral litúrgica. Ciertamente cada uno desde su servicio eclesial, o bien como obispo de una Iglesia local y también como presidente de la Comisión Episcopal de la Conferencia Episcopal Española, o bien como director del Secretariado de esta Comisión hasta hace bien poco. Así el CPL destaca su servicio para una mejor celebración y vivencia de la liturgia en las Iglesias locales con sede en España, y ciertamente, como servicio pastoral en la línea abierta por el Concilio Vaticano II, para que las celebraciones litúrgicas

sean realmente el momento culminante de la vida de la comunidad cristiana. He aquí que también es una manera de festejar el quincuagésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II.

Desde este editorial felicitamos a ambos, como miembros que son del Consejo de nuestra revista *Phase*. Y además de compartir el gozo de esta concesión, también valoramos sus aportaciones en las reuniones anuales del Consejo de *Phase*.

El acto de entrega del *II Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica* se celebrará el 3 de febrero de 2016 a las 6 de la tarde, en el aula magna del Seminario Conciliar de Barcelona.

Jaume FONTBONA
Director de la revista «Phase».

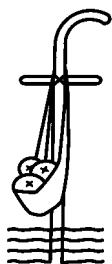
II MEMORIAL PERE TENA DE PASTORAL LITÚRGICA

3 de febrero de 2016

Seminario de Barcelona



El Memorial Pere Tena ha sido otorgado conjuntamente a Monseñor *Julián López Martín*, obispo de León, y al padre claretiano *Juan María Canals Casas*, por la labor realizada por ambos en el campo de la pastoral litúrgica para una mejor celebración y vivencia de la liturgia en las Iglesias locales con sede en España.



**Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona**

LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA SAGRADA ESCRITURA

MARCOS ACEITUNO DONOSO

Resumen

El artículo estudia la misericordia de Dios en la Sagrada Escritura. Se trata de uno de los conceptos que, sobre todo en el Antiguo Testamento, más en relación estuvo con la liturgia y el culto del Templo. Y en el Nuevo Testamento esta categoría se aparta de su humus original, deja de ser expresión cultural, y pone en evidencia su fuerza intrínseca antropológica, es decir, un estilo de ser y de vivir como hombres.

Palabras clave: Misericordia, Año Jubilar, Biblia, culto, caridad.

Abstract

The article studies God's mercy in Holy Scripture. This is one of the concepts, specially in the Old Testament, more related to the liturgy and the worship in the temple. In the New Testament, this category diverges from its original humus, it ceased to be a worship expression, and demonstrates its anthropological intrinsic force, i. e. a style of being and living as mankind.

Keywords: Mercy, Jubilee Year, Bible, worship, charity.

La misericordia es uno de los conceptos que, sobre todo en el Antiguo Testamento, más en relación estuvo con la liturgia y el culto del Templo. De hecho el salmo es el género literario que en más ocasiones incorpora el *hésed*, amor fiel y favorable de Dios y muestra el carácter sacral y poético con que se empleaba de manera primordial.¹ En la liturgia judía, precedente histórico y prefigura-

1 La acepción natural del término *hésed* hace referencia al trato afable entre personas. Un punto de partida imprescindible es la antífona que se

ción tipológica de la asamblea celebrativa cristiana, se conjugan de modo ciertamente admirable tanto el desenvolvimiento de ritos comunitarios como la experiencia interior del amor y suavidad del Dios que se revela en la historia.

Si tuviéramos que proponer un subtítulo a este estudio, el que mejor concordaría sería: «Liturgia y ética: *locus* de la experiencia de la *charis* como amor de Dios plasmado en la Biblia». En esta línea, pues, aprovecharemos algunos datos que aporta la metodología científica contemporánea al servicio del desarrollo de la ciencia litúrgica. Asimismo, intentaremos ofrecer una serie de pistas que ayuden a seguir profundizando en la hermenéutica de la *actio divina* entendida como actualización del *mysterium Christi* y del *donum Spiritus* que se reproduce en el seno de la asamblea celebrativa de los creyentes.²

Finalmente podremos constatar –de un modo ciertamente incipiente– cómo una lectura transversal de la Escritura que respete los diversos ámbitos científicos nos ayuda a adquirir una visión de conjunto sobre la «misericordia» bíblica más ajustado a la realidad histórica y a la profundidad teológica, ambas provenientes de Dios y conducentes a él. La ciencia litúrgica se beneficia auxiliarmente de estos elementos en vistas a poder confeccionar un discurso reflexivo de mayor envergadura y de un horizonte más amplio.

repite en multitud de ocasiones en los libros canónicos del Antiguo Testamento, es la antifona litúrgica: «Porque es eterno su *hésed*». De hecho, H.-J. Kraus da pie a considerar esta intuición en su comentario al salmo 136: «En 2Cr 7,3.6 encontramos una clave para saber cómo la comunidad congregada para el culto cantaba el Salmo 136 en los tiempos de después del destierro»; *Id.*, *Los salmos [Sal 60-150]* (Biblioteca de Estudios Bíblicos, 54), Salamanca: Sígueme 1995, 732.

2 Ofreceremos una visión panorámica de carácter exegético-teológico sobre la misericordia de Dios en la Sagrada Escritura. Partiendo del Antiguo Testamento, procederemos lentamente hasta alcanzar los últimos libros del Nuevo, de manera que podamos tener un conocimiento genérico pero suficiente de la materia en cuestión.

1. LA MISERICORDIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1.1. El «*hésed*» de Dios y su relación con el salterio

El término «misericordia» lo usamos desde las versiones griegas y latinas. En efecto, la Vulgata, iniciada con Jerónimo,³ lo emplea preferentemente para traducir normalmente *hésed*.⁴ En esta traducción latina, el vocablo aparece en 390 ocasiones, de las cuales 347 pertenecen al Antiguo Testamento. En 18 momentos lo emplea Jerónimo para el Pentateuco y 131 lo dedica para el salterio, siendo este el bloque donde más aparece. Normalmente dicho término se inserta en la locución litúrgica: *ki'olam hasdó* («*quoniam in aeternum misericordia eius*»). Esta expresión vinculada al desarrollo cultural del Templo identifica las intervenciones divinas a largo de la historia de Israel, interpretadas como demostración de la bondad de Dios; él salva a la comunidad orante y les muestra su fidelidad. Teológicamente hablando, el salterio ha concebido siempre el *hésed* de Dios unido los tres grandes ejes de la revelación bíblica: la creación, el rescate de Egipto, el don de la tierra como herencia. A partir de esta base teológica, el orante, privado o colectivo, aplica a su vida dicha cualidad divina.

El *hésed* se revela como la relación de buena voluntad y conformidad con la alianza que Dios establece con los hombres, al modo como se establece entre los jefes y sus súbditos. El plano bíblico teológico eleva dicha relación a la esfera de la adhesión personal y solidaria,

3 «A comienzos del 389 dC, Jerónimo rompía con la tradición de la VL, cuyo texto de traducción latina había sido la de los LXX, para ofrecer a la cristiandad occidental una traducción realizada directamente a partir del texto hebreo del Antic Testament que conservaban los judíos. Los libros de 1–2Sam, 1–2Re, Job, Sl y los Profetas fueron acabados ca. 392; Esd-Ne, hacia 394; 1–2Cro, en 396; Pr, Ct y Qoh, en 398; y ca. 405, Pentateuco, Jos, Jue, Rut, Jdt, Est y Tb. Podemos seguir en parte el desarrollo de la obra gracias a las propias introducciones que hacía Jerónimo a cada grupo de libros»; R.E. BROWN – al. (ed.), «Textos y versiones», *NJBC*, §68, 139.

4 Cabe señalar algunas excepciones. En Dt 25,12 se emplea «misericordia» para traducir el verbo *hws*, que significa compadecerse con la idea de perdonar el delito, pero normalmente prefiere *parco* (perdonar) o *misereor*. Otro término sinónimo en parte es *hml* (usar de clemencia). También empleará *nhm*, que significa profundo suspiro frente a infortunios que mueve a responder a modo de compasión.

por parte de Dios siempre estable y fiel, mientras que por parte del hombre es inestable y vacilante la mayor parte de las veces.⁵

1.2. Contexto preexílico: el «*hésed*» como cualidad moral

En la Biblia hebrea el término aparece en 245 ocasiones de las cuales la inmensa mayoría se ubican en el salterio (127 veces). Es, pues, en este ámbito donde más se desarrolla la teología del *hésed* divino.⁶ Sin embargo, deseamos considerar también el fondo histórico del concepto, cómo ha ido adquiriendo importancia en la creencia del pueblo hebreo y posteriormente en el credo cristiano, apoyado en la lectura jesuánico-cristológica de este concepto.

En el profetismo preexílico, el *hésed* aparece como una nota de la personalidad divina, a modo de metáfora que define la operosidad benéfica de Dios para con Israel. Consta Oseas como el personaje más antiguo que introduce el concepto relacionándolo con la divinidad, a modo de metáfora sponsal. El *hésed* es el amor fiel del esposo que profesa para con su cónyuge (cf. Os 2,21) que se interpreta de manera colectiva, junto con la justicia, el juicio y la compasión (*wbrahamim*). Es un amor que no solamente se limita a permanecer para siempre, establemente, sino que se traduce en obras unguidas de sentimiento. Y precisamente el celo de Dios se enciende cuando no se dan esas obras, fruto del amor mutuo interrelacional (cf. Os 4,1-2). Teológicamente hablando, el profeta reelabora las tradiciones septentrionales sobre Jacob y las refor-

5 Cf. H.-J. KRAUS, *Los Salmos*, I (BEB 53), Salamanca: Sígueme 1993, 248.

6 En el Antiguo Testamento, el término *hésed* viene acompañado de otras raíces que expresan relaciones interpersonales paralelas, como son: *rhm*, *hnn*, *'hb*, *shn'* y *'mn*. La primera tiene como punto de referencia el seno materno. A partir de aquí amplía su campo semántico, incluyendo la compasión sentida como principal significado, aplicándose usualmente a Dios y en la esfera antropológica, principalmente al vencedor compasivo. La segunda raíz (*hnn*) refiere un trato favorable y se aplica en las esferas tanto humana como divina. La tercera (*'hb*) y la cuarta (*shn'*) son antónimos e indican amor y odio, respectivamente. Finalmente, la quinta (*'mn*) define la acción de confirmar, dar base y apoyo. Su contenido semántico más básico es muy rico e incluye desde las jambas que soportan una puerta (cf. 2Re 18,16) hasta el hecho de alimentar y sostener a las criaturas (cf. 2Re 10,1.5; Est 2,7). Su contenido teológico hace referencia al carácter firme, estable de la revelación de Dios, principalmente con adjetivos como *fiel* y *digno de crédito*.

mula desde la hermenéutica del amor de Dios, marcadamente lleno de ternura, a modo de padre (cf. Os 11,1-4), médico (cf. Os 14,5), pastor (cf. Os 5,14), mientras que el voluble conjunto de fieles, Israel, viene descrita también metafóricamente como esposa infiel (cf. Os 2,7.14-15).⁷

En el sur, Miqueas lo relaciona con el amor y la práctica de la justicia. Lo concibe como componente de la esfera divina, e indica de modo judicial en la contienda entre dos iguales (*rib*) el contenido de la vida humana religiosa y justa: «obrar justicia, amar la fidelidad, humildemente caminar con tu Dios» (Mi 6,8). El amor y la justicia y la humildad igualan al hombre con Dios, ya que lo sitúan ante él.⁸

El primer Isaías, siendo del ámbito palaciego de Jerusalén, aborda muy poco la cuestión, lo menciona solo en Is 16,9 a modo de virtud elogiosa para quien se siente en el trono davídico.

Jeremías predica también el *hésed* divino, en seis ocasiones. Retoma la esfera metafórica de Oseas (cf. Jr 2,2; Os 2,21) comparando la fidelidad inicial de la comunidad creyente con el amor de una novia. Con todo, mientras Israel cae en la prostitución de la idolatría, el Señor permanece fiel a su amor concreto (*'oseh hésed*), su justicia y su lealtad (cf. Jr 9,23; 32,18), aunque, a modo de persuasión, amenaza de retirarlos, indicando la inclemencia del exilio, siempre templándolo con promesas de retorno (cf. Jr 16,9.15; 31,3). Es este profeta quien nos indica que esta cualidad de Dios es en la liturgia del Templo preexílica donde se produce (cf. Jr 33,11; 2Cr 5,13).

La sabiduría clásica definía el ideal de bondad entre personas como el buen trato afable, opuesta a la crueldad: «Beneficia a su alma el varón de *hésed*, pero aflige a su propio cuerpo el (hombre) cruel» (Pr 11,17). Se aconsejaba a modo de espejo de príncipes, insistiendo en un trato *no abusivo* con los súbditos (cf. Pr 20,28). Como virtud antropológica, se opone a la impaciencia o brevedad de espíritu: «Lento a la ira, abundante comprensión, pero estrechez de espíritu, exaltación de la necedad» (Pr 14,29).

7 Cf. T. SOLÀ – F. RAURELL, *Oseas, teología renovadora des d'una hermenèutica d'amor*, Barcelona: FTC-ABCat 2000, 100-114.

8 Cf. F.I. ANDERSEN – D.N. FREEDMAN, *Micah* (AncB 24E), Nueva York: Doubleday 2000, 506-507.529.

1.3. Contexto exílico: el «*hésed*» como bondad activa de Dios intrahistórica

En el contexto del exilio, el *hésed* adquiere connotaciones más atentas al desarrollo histórico de la liberación de Babilonia con la nueva política persa. El segundo Isaías ayuda a interpretar la estrechez del exilio babilónico como un mero momento de indignación en que Dios esconde su rostro propicio, pero que no anula la eternidad de su *hésed* y sus *rahamim* (cf. Is 54,8.10). Precisamente es a Dios que se atribuye ese amor entrañable, también en el ámbito de la poética religiosa y profética. En concreto, se le describe como un familiar que cumple sus obligaciones jurídicas de rescate (*go'alekha Yhwh*). Asimismo, esto no hace obviar el peso de la culpa de Jerusalén: su fidelidad fue efímera (cf. Is 40,6), pero la fidelidad de Dios siempre es actual, consecuencia de su amor eterno, que se reveló en su palabra dada a la dinastía davídica (cf. Is 55,3).

La historiografía deuteronomista, enriquecida con la experiencia misericordiosa de la liberación, apuesta también por una relectura del preexilio proponiendo el *hésed* como clave de lectura. Sobre todo se incluye como expresión política de relaciones favorables y benéficas, sea evitando la punición y la pelea, sea obrando bien más allá de lo requerido (cf. 2Sam 2,5.6; 3,8). También se insiste en esta cualidad a modo de virtud social en el rey (cf. 2Sam 9,1.3.7; 1Re 2,7; 2Re 20,31),⁹ entre personas singulares (cf. Jos 2,12.14; Jue 1,24; 1Sam 20,8-15) y entre tribus (cf. 1Sam 15,6). De manera especial se insiste en el rey David. Así, teniendo en cuenta el dato dogmático-hagádico de que el Señor es fiel por sí mismo (cf. 2Sam 15,20; 1Re 8,23) y de que no abandona ya a David (cf. 2Sam 7,15; 1Re 3,6). Ciertamente la dimensión ética no se ha perdido, sino que se enriquece con la teología y la experiencia histórica de la salvación.

9 De hecho la Vulgata es el término que utiliza para traducir el sintagma *malkhé-hésed*: «Ecce audivimus quod reges domus Israhel *clementes*». El subrayado es nuestro. Con todo, recogemos la dificultad semántica de este sintagma, ya que algunos lo vinculan a la lealtad en pactos oficiales, mientras que otros lo ven en el ámbito más subjetivo de la clemencia. Optamos por la segunda lectura. Cf. M. COGAN, *1 Kings* (AncB 10), New York: Doubleday 2000, 468.

1.4. Contexto posexilico: Dios ama al Pueblo en vez de condenarlo justamente

Después del exilio se insiste en el quintuple sintagma que define a Dios: «compasivo y entrañable, lento a la ira y abundante en clemencia (*hésed*) y leal». En este destaca la construcción paralela entre longitud de la nariz (sinónimo de «lentitud al enojo») y la abundancia de *hésed*, entendida como clemencia condescendiente.

Estos atributos o aparecen de forma absoluta (cf. Ex 34,6; Sl 103,15; 145,8-9) o lo hacen acompañados de beneficios concretos.¹⁰ Sorprende, con todo, que en la profética postexilica, en el momento de reconstruir el Templo no se emplee esta categoría teológico-antropológica, salvo alguna honrosa excepción (cf. Joel 2,13). Tendrá que ser ya en la redacción final de la Torá cuando se emplee esta nota, remontándola ancestralmente a los fundadores del monoteísmo judío propugnado por Esdras y Nehemías siguiendo la estela indica anteriormente: ponderando su actuación horizontal antropológica (cf. Gn 39,21; 40,14; 47,19), sin descuidar su vertiente trascendente (cf. Gn 24,12; 39,21; Ex 34,7; Nm 14,18).

Finalmente, el Cronista recoge el enriquecimiento teológico del término: tanto en lo abstracto (cf. Ne 9,17; 13,22), como en su contexto litúrgico (cf. 1Cr 16,34), pasando por el dato davídico (cf. 1Cr 19,2; 2Cr 1,8) hasta el antropológico genérico (cf. Ne 13,14).

1.5. La versión griega: una transición hacia el nuevo mundo helenista

Cuando la sinagoga alejandrina procede a traducir al griego común de la época los textos bíblicos se da un gran paso adelante. Aunque no presenta novedades rotundas en relación con el humus hebreo, sí lo confirma, subraya el acento concreto: tiende a remarcar la misericordia en obras concretas. A ello cabe añadir que éleos incorpora en su campo semántico el hecho de ser una acción benéfica de Dios, *digna de ser esperada y suplicada*, y ello desde modelos interpretativo diversos. Así, y a modo de ejemplo, en la Sabiduría de Salomón,

10 Por ejemplo, otorgando algún indulto deseable, como el perdón de la iniquidad y los delitos (cf. Nm 14,18; Jon 4,2), el no abandonar al pueblo en su tribulación postexilica (cf. Ne 9,17), o siendo la base de la concesión de poder y victoria frente a los enemigos (cf. Sl 86, 15-16).

más tendente a la incorporación de lo helénico, en la visión panorámica de la historia bíblica (cf. Sb 10,1–19,22), la misericordia aparece como el criterio escatológico que Dios usa con el justo y que el creyente tiene que vivir en el mundo presente (cf. Sb 12,22).

En general, LXX traduce *hésed* normalmente por *éleos*, aunque en diversas ocasiones lo emplea para el término *rahamim*. Como hace notar R.K. Bultmann, son expresiones que en tiempos previos a Cristo eran prácticamente equivalentes, como *e;leoj* y *oivktirmoi*.¹¹

2. LA MISERICORDIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

La misericordia en el Nuevo Testamento también se expresa de diversos modos. Si estudiamos la cuestión desde la perspectiva histórica, apreciaremos una creciente explicitación de esta circunstancia tanto en la esfera de lo divino como de lo humano interpersonal.

2.1. Literatura protopaulina: la misericordia de Dios como «*kerygma*»

Los primeros escritos cristianos son de Pablo (cartas protopaulinas) y en ellos el apóstol insiste más en la *charis* que en el *éleos*, entendido como ternura y compasión.¹² La raíz de la compasión resuena en la literatura protopaulina sobre todo hacia el final de su producción epistolar: Romanos, concretamente. Con todo, paulatinamente ha ido apareciendo en su pensamiento precedente, adquiriendo fuerza y descubriendo la centralidad de la misma. Así en Gal 6,16, Pablo concluye su escrito diciendo: «Paz a vosotros y misericordia (*éleos*) también al Israel de Dios». También resuena en 1Cor 7,25 cuando él mismo se identifica como receptor de la misericordia de Dios. Dicha nota autoriza al apóstol a discernir sobre temas eclesiales.¹³ Ahora bien, en el proceso de maduración teológica de

11 Cf. R.K. BULTMANN, «*e;leoj*», *ThWNT*, II, 478.

12 Nótese cómo el término *éleos* aparece 4 veces en epistolario protopaulino (cf. Gal 6,16; Rom 9,23; 11,31; 15,9), de las cuales la primera mención es circunstancial, ya que pertenece el protocolo epistolar de despedida, y en las demás ocasiones se refiere más a la nota del amor tierno de Dios.

13 En Pablo, el mantener el entusiasmo es una de las notas de la *diakonía* de la evangelización. El nuevo régimen de relación con Dios, establecido por la fe y no por las obras previas al reconocimiento confesante de Cristo, se caracteriza por una alegría que perdura pese a las adversidades (cf. 2Cor 4,1). Entendiendo,

Pablo, uno de los temas que le acabó preocupando es la condición soteriológica del Israel según la carne, ya que teniendo todos los signos de la misericordia de Dios, no aceptan el Evangelio como realidad definitiva de la manifestación de Dios (cf. Rom 9,1-5). Y la respuesta, no exenta de dolor, se manifiesta en el descubrimiento de que Israel necesita un proceso de conversión: ha de pasar del endurecimiento del corazón (como lo estuviere el del faraón), al reconocimiento de las infidelidades que le han conducido a convertirse en merecedor de la ira (cf. Rom 9,23). Sin embargo, la repuesta definitiva de Dios, poderoso para endurecer y ablandar las conciencias (cf. Rom 9,18) está en el Evangelio de Cristo. Así, del mal infligido o sufrido, Dios hace brotar un dinamismo de perdón y de restauración con él y con el prójimo, como lo hiciere ya con la cruz de Cristo.¹⁴ En Rom 11,31-32 la misericordia es la respuesta del Evangelio ante la cerrazón de la incredulidad del pueblo de la alianza: la misericordia de Dios se traduce en el pueblo como *experiencia de la justicia de Dios* por medio del evento pascual de Cristo. Y este misterio es tan radical que ni la validez de la primera alianza prevalece ante la revelación apocalíptica del amor de Dios, de manera que el alcance de la salvación teológica en Cristo es universal, quiere llegar a tou.j pa,ntaj.

En definitiva, en Romanos, la misericordia de Dios es el centro de la revelación en Cristo Jesús, asume la radical libertad divina a la hora de actuar en el mundo, tal como la confiesa la Torá (cf. LXX Ex 33,19), pero también la universalidad de la misma, hasta el punto que llega a los gentiles en la economía de la justicia salvadora de la fe. Podríamos intuir aquí un diseño ideal de cómo Pablo acaba comprendiendo el amor misericordioso de Dios: el Israel carnal

pues, a los apóstoles, es decir a Pablo y a su equipo de predicación, como un *typos* eclesial, el origen de la alegría del Nuevo Testamento es el ser receptores de la misericordia de Dios. Él mismo anuncia, cuando describe la predicación cristiana como un servicio, que ellos han sido compadecidos por Dios.

14 «Ante la dureza de la vida, el amor de Dios, superabundante, anima a seguir el proyecto de Jesús, encarnado en el evangelio. Pablo nos hace tomar conciencia del carácter previo y gratuito del amor de Dios, revelado en la cruz. Pues en la cruz reconoce el creyente que Dios puede abarcar con su amor salvador hasta lo más oscuro de la existencia humana y transformarla»; X. ALEGRE SANTAMARÍA, *Carta a los Romanos*, Guías de lectura del Nuevo Testamento, Estella: Verbo Divino 2012, 241.

recibió primero los signos de la misericordia de Dios en la voluntad del Padre, pero para que las vivan en realidad, ha hecho falta que en el tiempo se le anticipen los gentiles. De este modo, todos han experimentado la necesaria compasión de Dios.¹⁵

2.2. *El mundo sinóptico: la misericordia de Dios en Cristo en una narración*

Otro punto que enriquece nuestra panorámica es el material sinóptico, que recoge las intuiciones teológicas de Pablo y los reelabora incluyendo las narraciones sobre la vida de Jesús, a la luz de sus respectivos proyectos teológicos. Así, en Marcos, la raíz de la compasión y la misericordia aparece en boca de personas afligidas, como el ciego Bartimeo (cf. Mc 10,47-48). En el ámbito sinóptico, ofrecen una reflexión más desarrollada: Mateo desde la espiritualidad judaica más cercana al rabinismo, Lucas desde la concepción histórico-salvífica de la revelación de Dios. En las relaciones interpersonales, el concepto tiene también su contenido antropológico, referente a la esfera de los sentimientos de compasión, piedad y clemencia. Mateo es quien más elementos nos da en esta línea, proponiendo a Jesús en la línea de Os 6,6, el cual recuerda que la esencial voluntad de Dios es la misericordia y el reconocimiento de Dios sincero y no la ejecución práctica de aparatosos rituales sacrificiales (cf. Mt 9,13; 12,7).¹⁶ Esta intuición ya la desarrolló Marcos en su obra a principios de los años 60, recuperando citas que *in nuce* nos remiten a la misma predicación histórica del Salvador en su conocida reinterpretación del mandato principal del judaísmo postexílico (cf. Mc 12,33b).

15 Coincidimos con G. Barbaglio cuando le da una importancia capital a Rom 11,32, que dice: «Por lo tanto, encerró Dios a todos en la increencia, para tener misericordia de todos». De hecho es porque Dios puede compadecerse de todos que permite la increencia y el Pecado (cf. Rom 11,32), en cuanto entidad, para que todos puedan descubrir la radical llamada a la fe de Jesucristo como vía de salvación escatológica y de fundamento para un amor en plenitud en la vida presente (cf. Gal 3,22). Para ulteriores reflexiones: cf. G. BARBAGLIO, *La teología de San Pablo*, Salamanca: Secretariado Trinitario 2005, 425.

16 El sentido primordial que le da Mateo es cristológico y secundariamente parenético. Cf. U. LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, II (BEB), Salamanca: Sígueme, 2006, 74.

Será Lucas quien pone el acento aún más en esta nota de la Divinidad. De hecho, en su amplio prólogo teológico, la misericordia (*éleos*) es uno de los ejes que caracterizan las síntesis teológico-poéticas del Antiguo Testamento (cf. Lc 1,50.54.58.72.78). Ahora bien, también recuerda que la radicalidad del *hésed* amoroso como clave jesuánica de reinterpretación de la vida religiosa se percibe claramente en la parábola del samaritano (cf. Lc 10,37) donde Lucas muestra que las *obras buenas* u *obras de hésed* han de superar la mera ejecución extrínseca, llegando incluso al extranjero.¹⁷

3. LA MISERICORDIA, APLICACIÓN DIVINA Y HUMANA DE LA «CHARIS»

Finalmente, nos disponemos a recoger el balance de la aproximación histórica sobre la misericordia en los textos bíblicos, a modo de definición amplia que permita traslucir su riqueza teológica.

La misericordia en la Sagrada Escritura es una constante, que se ha ido entendiendo de diversos modos, siempre complementarios: desde una disposición parenética a una condición del carácter tanto divino como humano; desde el trato favorable y cercano especificado en hechos concretos hasta la contemplación de la misma esencia de Dios definible como misericordia. Para proceder a este último paso ocupa un lugar único Jesucristo, que es quien ha insistido en esta cualidad teológica como elemento fundamental de su enseñanza.

Una de las notas específicas del *hésed* es la insistente presencia del concepto en el ámbito poético y profético. Esto hace que esta virtud se tenga que entender dentro de un contexto más amplio que la mera narrativa: Dios ha preferido en su revelación emplear el contexto poético, donde no solo se comunica información nocional, sino también una implicación activa de la capacidad de amar.

Otra nota teológica del asunto es la modalidad de bondad a la que se refiere el *hésed*. En esto, la Biblia es clara: la misericordia tiene

17 En el clásico comentario del Nuevo Testamento a la luz del Talmud y el midrás, H.L. Strack – P. Billeberck muestran cómo en el rabinismo – contexto posfarisaico – se llegó a reducir esta categoría a una manera virtud religiosa, vinculada a los actos meritoriamente computables. Paralelo a ello está la justicia, que era entendida como limosna. Cf. H.L. STRACK – P. BILLERBECK, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, I, pp. 203-205; IV, 535; R.K. BULTMANN, «e;leoj», *ThWNT*, II, 479.

como principal protagonista a Dios, que actúa con afabilidad con los hombres (170 veces en el Antiguo Testamento), aunque también los hombres actúen compasivamente entre sí (53 veces).¹⁸ Sin embargo, jamás el hombre tiene misericordia para con Dios. Asimismo, la misericordia de Jesús y del Nuevo Testamento insisten en que dicha cualidad teológica se concreta en la realización soteriológica de la redención: en la encarnación de Cristo que conduce a la cruz, y en las consecuencias sobrenaturales y éticas que genera en los hombres. Revelación y gracia se conjugan en la confesión de la misericordia de Dios, de modo que de palabra pasa a realidad en la persona de Jesús y luego en la comunidad de creyentes, que reciben entre otros títulos el «ser compadecidos» (cf. 2Cor 4,1; Rom 11,30; 1Pe 2,10).

En definitiva, en la Escritura cristiana, la misericordia se encuadra dentro de un contexto litúrgico-poético. Por ello, los registros que cabe destacar de este término son el de metáfora y alegoría. La metáfora, porque toma de la estructura antropológica básica la experiencia de la benevolencia (*hésed*) y la aplica al ámbito divino como la mejor expresión del modo como Dios se ha revelado en la historia, por ejemplo con David (cf. Is 55,3). Ahora bien, en el Nuevo Testamento, se da una novedad radical: esta categoría se aparta esta categoría de su *humus* original—deja de ser expresión cultural—y pone en evidencia su fuerza intrínseca antropológica—es decir, un estilo de ser y de vivir como hombres—, de modo que está llamado éste a vivir la misericordia, anteponiéndolo a otras actividades religiosas (cf. Mt 5,23-24; 9,13; 12,7; 23,23). En definitiva, con Jesús y el acontecimiento pascual, la bondad y el buen trato adquieren una radical reorientación: relejendo el mandato principal del amor de Dios (cf. Mc 12,28-32), el creyente puede definirse por otra característica tan última y clara como la fe: el ser misericordioso.

Marcos ACEITUNO DONOSO

Presbítero de la diócesis de Terrassa, doctor en teología, especialidad en Biblia, ejerce su ministerio en Cerdanyola del Vallès y en Bellaterra y es profesor de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de Catalunya.

18 Cf. G.R. CLARK, *The Word Hésed in the Hebrew Bible* (JSOT.SS 157), Sheffield: JSOT Press 1993, 236.

LA MISERICORDIA DE DIOS NOS LLAMA A LA CONVERSIÓN.

Los evangelios dominicales
de la Cuaresma en el ciclo C

Jordi LATORRE CASTILLO

Resumen

Los evangelios de Cuaresma del ciclo litúrgico dominical C constituyen una llamada a la conversión y al abandono en la misericordia del Padre, de la que Jesucristo es revelador con sus palabras y sus gestos de acogida y confraternización con los pecadores. Invitan a la conversión, a la confianza en la misericordia del Padre, y al cambio de vida. Son textos para reflexionar, rezar, y hacer vida en este Jubileo Extraordinario de la Misericordia divina.

Palabras clave: Misericordia, Año Jubilar, Leccionario, Cuaresma.

Abstract

The readings of the Gospel for Lent, during the Sunday liturgical cycle C, are a call to conversion and abandonment to the mercy of the Father. Jesus reveals this mercy in his words and gestures of welcome, and confraternity with the sinners. These readings invite to the conversion, to trust in the mercy of the Father, and the change of life. They are texts to reflect, pray, and live during these Extraordinary Jubilee of Divine Mercy.

Keywords: Mercy, Jubilee Year, Lectionary, Lent.

Los evangelios de Cuaresma del ciclo litúrgico dominical C constituyen una llamada a la conversión y al abandono en la misericordia del Padre, de la que Jesucristo es revelador con sus palabras y sus gestos de acogida y confraternización con los pecadores. Invitan a la conversión, a la confianza en la misericordia del Padre, y al cambio de vida. Son textos para reflexionar, rezar, y hacer vida en este Jubileo extraordinario de la Misericordia divina.

Cada uno de los tres ciclos de lecturas dominicales para la celebración eucarística responde a la cristología propia de cada uno de los evangelios sinópticos que los estructuran.

Normalmente, la lectura veterotestamentaria—denominada también *profética*—prepara a la proclamación del evangelio según el esquema profecía-cumplimiento (cf. OLM 67). Sin embargo en Cuaresma se rompe dicho esquema, siendo independientes la primera lectura y el evangelio; mientras que la segunda lectura se presenta como explicitación de lo que se proclamará en el evangelio (cf. OLM 97).

El Cuaresma la primera lectura recorre las grandes etapas de la historia de la salvación: la creación (domingo 1), los patriarcas (domingo 2), el éxodo (domingo 3), la monarquía hebrea (domingo 4), el anuncio profético de la salvación (domingo 5).

Mientras que los dos primeros domingos conservan la lectura tradicional del relato de las tentaciones y de la transfiguración de Jesús, los tres domingos siguientes, cada uno de los tres ciclos evangélicos de Cuaresma acentúan elementos complementarios de la espiritualidad de este tiempo litúrgico: la preparación bautismal (ciclo A), el misterio pascual de Cristo (ciclo B), la llamada a la conversión por parte de la misericordia divina (ciclo C). El último domingo de Cuaresma—llamado domingo de la Pasión o de Ramos— contiene la proclamación de la pasión del Señor, según los tres relatos sinópticos, según el ciclo correspondiente.¹

Nos centramos en la presente contribución en la presentación de los evangelios del ciclo C, que guarda una especial consonancia con el presente Jubileo extraordinario de la Misericordia convocado por el papa Francisco.

1. PRIMER DOMINGO: LAS TENTACIONES DE JESÚS

En los tres ciclos de lecturas dominicales, siguiendo la tradición latina, el evangelio del primer domingo del tiempo de Cuaresma corresponde al episodio de las tentaciones de Jesús en el desierto.

1 Invitamos a leer CONGREGACION PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio homilético* (29 de junio 2014), núms. 57-69.

El episodio está considerado como uno de los que con mayor claridad revelan la identidad humana de Jesús. En la versión de Mateo y de Lucas, Jesús aparece sometido a la prueba por parte del diablo; mientras que en la versión de Marcos es Satanás, quien prueba a Jesús, en la misma línea que en 1Cr 21,1-5 Satán prueba a David, o en Job 1-2 prueba la fidelidad de Job (cf. también Zac 3,1-2).

«Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no» (Dt 8,2). De esta manera el autor deuteronomista expresa el sentido de los episodios ocurridos al pueblo hebreo en su travesía del desierto, camino de la tierra prometida por Dios. Se trata de conocer el corazón del pueblo y su disposición a obedecer los mandatos de Dios.

En el episodio del Edén, Adán y Eva sucumben a la tentación de la Serpiente –identificada posteriormente con el diablo (cf. Sb 2,23-24)– que les aparta del mandato recibido de Dios de no comer del árbol del conocimiento (cf. Gn 2-3). De esta manera la desobediencia priva a la humanidad del contacto asiduo con Dios que aseguraba el jardín de Edén, y son expulsados de él. La humanidad abandona el ámbito divino. A partir de ahora toda la Sagrada Escritura muestra el camino de reencuentro, que culminará en el momento que la Nueva Jerusalén descienda del cielo a la tierra (cf. Ap 21).

En el desierto, Jesús ayuna como Moisés en el Sinaí (cf. Ex 34,28; Dt 9,18) y como Elías camino del Horeb (cf. 1Re 19,8). No es un ayuno penitencial, sino un ayuno que prepara al encuentro con el Señor y lo capacita para recibir su revelación.

El servicio (*diakonein*) de los ángeles a Jesús que mencionan Marcos y Mateo, puede inspirarse en el Salmo 91,11-13: «Porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra; caminarás sobre áspides y víboras, pisotearás leones y dragones, de esta forma Jesús, aun habitando entre las fieras del desierto no sufre ningún daño porque habita al amparo del Altísimo y con

su fidelidad en medio de la prueba ha dicho «Dios mío, confío en ti». También puede ser referencia a 1Re 19,7, donde Elías, en el desierto camino del Horeb, es alimentado por el ángel del Señor que lo alimenta y sostiene con una torta cocida y un jarro de agua.

Mateo y Lucas presentan tres tentaciones del diablo a Jesús, aunque en orden distinto: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes», «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo... Encargaré a los ángeles que cuiden de ti y te sostendrán en sus manos...», «Todo esto te daré si te postras y me adoras» en el caso de Mateo. Mientras que en Lucas la disposición adquiere un nuevo matiz: «Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan», «Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado, y lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo», «Si eres Hijo de Dios tírate de aquí abajo... Encargaré a los ángeles que cuiden de ti... y también... te sostendrán en sus manos...». De esta manera Lucas establece un *crescendo*: el pan material, el poder y la gloria del mundo, el servicio de los ángeles.

Igualmente, Mateo y Lucas encabezan cada una de las tentaciones del diablo con la proposición «si eres Hijo de Dios», ya que lo que está en juego es la identidad divina de Jesús, ¡entendida a la manera humana! Si es Dios tiene que mostrarlo superando las barreras de las leyes naturales, ejerciendo el poder y la gloria sobre el mundo entero, y mostrando a la creación visible e invisible a su servicio: la naturaleza, la humanidad entera, y la realidad suprahumana; absolutamente todo.

Por el contrario, el texto evangélico nos muestra a Jesús rechazando esa manera de ser Hijo de Dios. Él, por el contrario se somete a la voluntad de Dios, cumpliendo lo mandado en Dt 8,3; 6,13; y Dt 6,16. Allí donde fallaron Adán y Eva, en la desobediencia, allí es donde se muestra fiel Jesús; mostrando, de esta manera la auténtica filiación divina: es Hijo de Dios en la medida en que obedece al Padre (cf. Jn 4,34 y Flp 2,8).

La primera lectura, tomada de Deuteronomio 26,4-10, nos ofrece el mandato de la presentación de las primicias de las cosechas, unida al recuerdo de la salida de Egipto y la posesión de la tierra

«que mana leche y miel», como un acto de agradecimiento y de adoración a Dios: «Lo pondrás ante el Señor, tu Dios, y te postrarás en presencia del Señor, tu Dios». Este reconocimiento absoluto de Dios como dador de los bienes de la tierra, y la consiguiente adoración, contrasta con la segunda de las tentaciones de Jesús, según Lucas: allí el diablo se presenta como el dueño absoluto de la tierra y exige reconocimiento y adoración.

La segunda lectura, Romanos 10,8-13, nos presenta la palabra de Dios como algo cercano a la persona: «la tienes en los labios y en el corazón». Justo lo que hace Jesús en el evangelio, es decir, responde a las insinuaciones del diablo con citas de la Escritura, de la palabra que él mismo tiene en sus labios y en su corazón. Jesús fue el primero en profesar la palabra de la fe y, por ello, no resultó defraudado.

De esta manera las lecturas de la misa en este primer domingo de Cuaresma nos presentan a Jesús de Nazaret revelándose como auténtico Hijo de Dios, no mediante una epifanía divina, sino mediante la obediencia a la palabra de Dios expresada en la Escritura. Su obediencia allí donde Adán y Eva desobedecieron lo constituye en Nuevo Adán que profesa, los labios y el corazón, la fe en Dios, al que reconoce y adora.

2. SEGUNDO DOMINGO: LA TRANSFIGURACIÓN DE JESÚS

Igualmente, en los tres ciclos de lecturas dominicales, siguiendo la tradición, el evangelio del segundo domingo de Cuaresma corresponde al episodio de la transfiguración.

A diferencia del episodio de las tentaciones, en el que Mateo y Lucas corren en paralelo, mientras que Marcos presenta una versión notablemente distinta; en el episodio de la transfiguración los tres evangelios sinópticos presentan una versión paralela; aunque con algunas particularidades.

Ocho días después de la confesión de Pedro, Jesús se transfigura ante Pedro, Santiago y Juan. Mientras en Mt y en Mc estos tres discípulos serán los acompañantes más íntimos de Jesús en la oración en el huerto de Getsemaní (cf. Mt 26,36-46; Mc 14,32-42)

y, por tanto, los que reciben la increpación de Jesús por no haber podido velar en oración con él; en Lc Jesús obvia su presencia en Getsemaní, quizá por el afán del evangelista de atemperar la debilidad de los Doce en su obra (cf. Lc 22,40-46). También aquí, al igual que los discípulos en Getsemaní, Pedro, Santiago y Juan son vencidos por el sueño antes de ver la gloria de Jesús, junto con la de Moisés y Elías: mientras el sueño impide ver la gloria de Jesús, el despertar permite contemplarla; lo que constituye una bonita alegoría de la vida cristiana, y del paso de la incredulidad a la fe, así como de la muerte a la resurrección.

La transfiguración sucede mientras Jesús ora. La oración de Jesús –en la sinagoga, con los discípulos, o en solitario– ocupa un lugar primordial en el tercer evangelio (cf. Lc 3,21-22; 4,16; 5,16; 6,12; 9,16.18; 9,28-29; 10,21; 11,1; 22,32; 23,34; 24,30). De esta manera Lucas expresa el carácter *transfigurante* de la oración de Jesús.

«[...] Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte (éxodos, en el original griego), que iba a consumar en Jerusalén» señala Lucas. De esta manera en el tercer evangelio la transfiguración en Galilea es puesta en relación directa con la Muerte de Jesús en Jerusalén. Jesús, como el pueblo hebreo, vive su propio éxodo, pero si en este consiste en el paso de Egipto a la tierra dada por Dios, en el evangelio el paso de la muerte en cruz a la vida resucitada.

La presencia de la nube y la voz que surge de ella, nos remite al episodio del bautismo de Jesús (cf. Mt 3,13-17; Mc 1,7-11; Lc 3,21-22). El relato constituye una epifanía divina; la nube y la voz –dos de los elementos de la teofanía del Sinaí (cf. Ex 19)– constituyen la percepción visible del Dios invisible que se manifiesta al pueblo congregado. La voz califica a Jesús como Hijo y como Escogido, título este tomado de los cánticos isaianos del siervo (cf. Is 42,1); pero mientras en Isaías el profeta es calificado de siervo y escogido, aquí Jesús es hijo escogido. El autor nos presenta al hombre Jesús en su identidad divina más profunda.

Todo concluye con el silencio de los discípulos. Después de la resurrección será cuando los discípulos darán testimonio del episodio de la montaña, al igual que de la resurrección (cf. 2Pe 1,16-21).

La primera lectura (Gn 15,5-12.17-18) nos ofrece la alianza de Dios con Abrahán, y no tiene una relación directa con el evangelio, como sucede a lo largo del tiempo de Cuaresma. Su tema central es la esperanza que suscita la promesa de Dios en el patriarca.

La segunda lectura (Flp 3,17-4,1) coloca la esperanza cristiana en la ciudadanía celeste de los cristianos, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él será quien transformará nuestro cuerpo humilde en cuerpo glorioso como el suyo, mediante la *energía* que posee. De esta manera, el episodio de la transfiguración de Jesús se convierte en primicia de la transformación que la resurrección efectuará también en nosotros.

La transfiguración, según la relata Lucas, recoge detalles que acentúan el carácter pascual del episodio: ocho días después de la confesión mesiánica de Pedro corregida inmediatamente por Jesús; mientras Jesús está orando, como en Getsemaní; hablan de su traspaso (éxodos – muerte) en Jerusalén. Al despertarnos es cuando vemos la Gloria de Jesús, ofuscada por su humanidad y nuestra debilidad, entonces reconoceremos en él al Hijo escogido de Dios.

3. DOMINGO TERCERO: LA URGENCIA DE LA CONVERSIÓN (Lc 13,1-9)

Si en los dos primeros domingos de Cuaresma, las lecturas de los tres ciclos nos presentan los mismos episodios según los tres evangelios sinópticos —las tentaciones y la transfiguración—, los tres domingos siguientes se diversifican en los tres ciclos.

El domingo tercero del ciclo C nos propone la lectura de un pasaje mixto, formado por un episodio de la vida de Jesús propio de Lucas, seguido de una parábola también propia, pero con semejanzas a un episodio recordado por Mc y Mc en los últimos días de Jesús.

El relato evangélico comienza recordando un episodio acaecido en una revuelta de galileos, reprimida sangrientamente por Pilato —¿la misma que recuerda Gamaliel en Hch 5,37?—; a ella se le une la noticia del desgraciado accidente acaecido en el desplome de una torre en Siloé, con dieciocho muertos. Según la teología clásica de la retribución divina, la muerte violenta o imprevista de una persona era considerada un castigo por un pecado cometido; de

esta forma los galileos asesinados, o los ciudadanos accidentados podían considerarse como pecadores que había recibido el justo castigo a su pecado. Jesús se aparta de esta interpretación tan simplista, como se separa también, en Jn 9, de la consideración de la enfermedad como de un castigo por un pecado. Y concluye: todos son igualmente culpables y pecadores. Y añade en tono profético: «Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera». Ambos sucesos sirven, pues, de admonición a la conversión.

Seguidamente, Jesús propone una parábola a su auditorio. En ella, a una higuera que no da fruto se le da todavía un año de plazo antes de proceder a cortarla. La parábola, en este contexto, hace referencia a la necesidad de la conversión –producir frutos–, e interpreta el momento actual como un tiempo de espera, como un plazo, dado por Dios, antes de actuar drásticamente. Dios tiene paciencia, pero el plazo dado es limitado y breve, con lo que la conversión resulta urgente.

La primera lectura (Ex 3,1-8.10.13-15) nos ofrece el relato de la vocación de Moisés al pie de la zarza que arde sin consumirse. Dios se revela como un Dios compasivo y salvador: «He visto la opresión [...] he oído sus quejas [...] me he fijado en sus sufrimientos [...] voy a bajar a librarlos [...]». Al mismo tiempo se revela como el que es, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

La segunda lectura (1Cor 10,1-6.10-12) hace referencia al éxodo del pueblo, y el carácter paradigmático de los sucesos acaecidos en él. La nube que cubre con su sombra y el paso del mar constituyen una referencia al bautismo cristiano; así como el agua de la roca y el alimento del maná constituyen una referencia a la Eucaristía. Hace, por lo tanto, una lectura *tipológica* de los episodios señalados. Al mismo tiempo, la infidelidad del pueblo en el desierto y el consiguiente castigo del exterminador son un ejemplo para nosotros: no podemos abandonarnos a la infidelidad, sino a la vigilancia y a la conversión: Por lo tanto, el que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga.

Este tercer domingo contiene, pues, una llamada a la conversión y a la vigilancia. Nadie tiene la salvación asegurada. Salvación que es fruto de la misericordia de Dios hacia su pueblo.

4. DOMINGO CUARTO: LA MISERICORDIA DE DIOS MANIFESTADA EN JESÚS (Lc 15,1-3.11-32)

El texto evangélico de este domingo nos reporta la parábola del hijo pródigo, mejor llamada del padre misericordioso.

El capítulo 15 de Lucas comienza refiriéndonos la crítica de los fariseos y los escribas a Jesús por acoger a los pecadores y comer con ellos. La Torah quiere salvaguardar el carácter *santo* del pueblo judío poniendo una cerca en torno a él, y evitando así la influencia de las costumbres, sobre todo las religiosas, de los otros pueblos. Esta cerca ha salvaguardado a los judíos de acabar asimilados por otros pueblos más numerosos y ha salvaguardado a los judíos hasta nuestros días.

«Publicanos y pecadores» en los sinópticos tiene una connotación moral, pero también social. Los publicanos no solo abusaban, en beneficio propio, al cobrar impuestos a la gente, sino que era colaboracionistas de las fuerzas romanas de ocupación, con costumbres, a veces, más helenistas que judías. Los pecadores eran los que, públicamente, vivían al margen de los preceptos de la Torah; pudiendo acercarse en su conducta más al estilo helenista que al judío. Al compartir mesa Jesús con ellos, hace un gesto profético: expresa que la Salvación de Dios no se circunscribe a los judíos, sobre todo a los practicantes, sino también a los que colaboran o se asemejan a los paganos en su obrar. La Salvación es una oferta universal de Dios.

A continuación el evangelista introduce tres parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida, y el hijo perdido o alejado. La proporción va en aumento: una entre cien, una entre diez, y uno entre dos –hemos pasado del 1, al 10, y al 50 por ciento–. De estas tres parábolas, el leccionario nos reporta la tercera.

La escena que describe la parábola de Jesús está muy bien montada. Uno de los dos hijos decide independizarse del padre, pero, ¡ay!, procede de forma irresponsable y dilapida la fortuna personal, hasta el punto de llegar a pasar hambre. Es entonces cuando recapacita y decide regresar, reconociendo su falta ante el Padre, y reconociéndose no más merecedor de la condición de hijo. El

padre lo recibe de nuevo en casa, en calidad de hijo, y le organiza un banquete de bienvenida. El hermano mayor no acepta el regreso del hermano, ni el perdón que le concede el padre; es más, se considera lesionado en sus derechos y en la falta de atención del padre.

En estos personajes descubrimos comportamientos de simpatía y otros desconcertantes: que el hijo menor decida independizarse parece normal en cualquier familia patriarcal; que este dilapide su fortuna nos parece irresponsable, pero resulta plausible; pero que decida volver, aunque sea a trabajar como un siervo... ciertamente resulta desconcertante. Que el padre lo reciba de nuevo en casa resulta extraño pero plausible; pero que no le recrimine en absoluto su irresponsabilidad, lo reciba como si nada hubiera pasada, y, encima, organice un banquete de bienvenida... resulta igualmente desconcertante. Con el hijo mayor empatizamos mucho más, ya que nos identificamos con su reacción airada y ofendida; de hecho ¡no nos resulta nada desconcertante!

El gran protagonista de la parábola es el padre de familia. El acepta sin rechistar la independencia del hijo menor, lo espera a su regreso, sale a recibirlo, lo restablece en su dignidad de hijo, organiza el banquete, y sale a recibir al hermano mayor, y a convencerlo de que participe, él también, en el banquete.

El tema del banquete resulta también fundamental, ya que el capítulo comienza con el hecho de que Jesús banquetea con publicanos y pecadores. De esta manera el paralelismo se establece no entre el padre de la parábola y Dios, sino entre el padre y Jesús. Él es el que celebra la salvación ofrecida a todos: a los que ya la tenían por su estilo de vida fiel, y a los que, habiéndose separado de ella, la recuperan al escuchar la predicación de Jesús y su llamada a la conversión.

Es la parábola del padre misericordioso que sabe perdonar la irresponsabilidad de un hijo y el orgullo del otro, y es capaz de organizar un banquete con todos dentro.

La primera lectura (Jos 5,9.10-12) nos recuerda la celebración de la primera pascua en la tierra de Canaán, con el pueblo, que ha cruzado el Jordán, y ha acampado en Guilgal. En este cuarto domingo

de Cuaresma, la lectura constituye un anuncio a la próxima fiesta de la pascua cristiana.

La segunda lectura (2Cor 5,17-21) expresa los efectos de la resurrección de Jesús: Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo. Y nos ha confiado a nosotros el ministerio de la reconciliación.

El padre misericordioso de la parábola de Jesús ejerce el ministerio de la reconciliación de los hijos entre sí, y de ellos con él. Es precisamente el papel que descubre Pablo en Jesús y que constituye el núcleo del ministerio apostólico.

5. DOMINGO QUINTO: LA ADÚLTERA PERDONADA (JN 8,1-11).

Nos sorprende encontrar un texto joánico en pleno ciclo C dedicado al evangelio de Lucas. Pero no podemos olvidar que la crítica literaria atribuye el episodio de la adúltera perdonada a la escuela lucana, más que a la joánica. Tanto el vocabulario, como el estilo literario, como el hecho que la protagonista sea una mujer atraen a este texto al ámbito del tercer evangelio.

Según la Torah el adulterio *in fraganti* se condena con la muerte de la pareja adúltera (cf. Lv 20,10), lo mismo sucede con el incesto o la bestialidad; por lo que la mujer «sorprendida en adulterio» es merecedora de la pena capital.

Inmediatamente nos surge una pregunta, si ha sido sorprendida en adulterio, ¿por qué no presentan también al hombre para ser lapidado? La respuesta no es sencilla, pero el carácter lucano de la perícopa puede apuntar a qué el evangelista gusta de presentar a las mujeres como beneficiarias de la misericordia de Jesús (cf. Lc 4,38-39; 7,11-17.36-50; 8,1-3.40-56; 10,38-42; 11,27-28; 13,10-17; 21,1-4; 23,48-49; 24,1.10).

La escena nos ubica en la explanada del Templo, cerca pues de donde los maestros de la ley convocaban a sus discípulos para enseñarles, y cerca de donde se reunía el Sanedrín, el máximo tribunal judío.

Los escribas y los fariseos plantean a Jesús una pregunta capciosa: «La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Si Jesús responde afirmativamente se sitúa ante sus discípulos como un maestro más de la Ley, implicado en su aplicación pura y simple; si responde negativamente, es un pecado que se sitúa en contra de la voluntad de Dios expresada en la Torah.

Jesús no entra al trampa, sino que sitúa su respuesta en otro nivel: la necesidad universal de salvación. El pecado nos hermana a todos y, por lo tanto, no podemos condenar, sin más, al pecador.

«Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez 18,23). Es justo lo que pretende Jesús, por eso dice a la mujer: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más». Jesús no niega ni minimiza la falta de la mujer: ¡ha cometido adulterio! Ahora bien, lo que le invita a hacer es a convertirse y cambiar de vida; a no continuar en su doble vida.

Con ello Jesús consigue interpelar doblemente a su auditorio: a los pecadores los interpela para que abandonen su conducta y se conviertan a un estilo de vida según Dios espera de ellos; a los demás a sentirse igualmente pecadores, y necesitados de la misericordia y del perdón de Dios. Pues, como afirma Pablo: «Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia...» (Rom 3,23-24).

En la primera lectura (Is 43,16-21) el profeta Isaías nos invita a mirar hacia adelante más que a recordar las hazañas pasadas de Dios: «Mirad que realizo algo nuevo». Y es que cada generación debe saber descubrir la Salvación de Dios según la novedad de cada época.

La segunda lectura nos ofrece la mención que hace Pablo de su conversión a Cristo en su carta a los Filipenses (3,8-14). Pablo no nos narra el episodio de su conversión, sino sus consecuencias en él: un cambio radical de valores y una transformación profunda ... pero no como algo ya conseguido y completado, sino como itinerario vital a recorrer —«[...] yo sigo corriendo a ver si lo obtengo [...] olvidarme de lo que queda atrás y lanzándome a lo que está por delante [...]»—. De esta manera tanto la primera como la segunda lectura nos abren a la novedad de la presencia del Resucitado a lo largo de toda nuestra vida.

En este quinto domingo de Cuaresma Jesús se nos presenta como el que perdona nuestro pecado para que vayamos y no pequemos más. Pablo nos recuerda que el proceso de conversión a Cristo dura toda la vida.

6. DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR: EL PERDÓN DEL CRUCIFICADO (Lc 22,14–23,56)

El relato de la pasión según Lucas se muestra particularmente sensible por la misericordia y el perdón que brotan de Jesús. No es un Jesús sufriente el que nos muestra Lucas, sino un Jesús fuente de perdón para cuantos le rodean, inocentes o culpables.

A lo largo de su vida, Jesús ha perdonado a los pecadores, ha acogido a los publicanos, se ha acercado a los pobres y sencillos. Ahora ha llegado el momento supremo de verificar lo que ha predicado.

Jesús ha sido detenido y Pedro sigue al maestro. Él, tan valiente, le sigue de lejos; pero, por lo menos, a diferencia de los otros discípulos, ha tenido el coraje de seguirlo. Lo hace voluntariamente, no como Simón de Cirene, que se ve obligado a cargar con la cruz y seguir al prisionero. En el arresto, Pedro ha intentado ya defender al maestro; pero ahora que se ve en la necesidad de confesar su pertenencia al grupo de Jesús, en cambio, lo niega: «¡No le conozco!».

Antes, durante su predicación, Jesús había dicho: «Si uno se pone de mi parte ante los hombres, también el Hijo del Hombre se pondrá de su parte ante los ángeles de Dios. Y si uno me niega ante los hombres, lo negarán a él ante los ángeles de Dios» (Lc 12,18). Y Pedro ahora lo niega ante los hombres; sin embargo, Jesús, ha prometido acompañarlo con la oración: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti para que no pierdas la fe. Y tú, cuando te arrepientas, afianza a tus hermanos» (Lc 22,32).

En la pasión, Satanás lucha contra Jesús en la persona de Pedro: es el combate de la fe. Y, en medio del combate, el canto del gallo provoca un cruce de miradas. La de Jesús no es una mirada de recriminación al compañero traidor, sino una mirada que provoca en

encuentro reconciliador entre los amigos: la misericordia de Jesús, por un lado, y el arrepentimiento avergonzado de Pedro, por otro.

Pedro se aleja de Jesús llorando. Camino del Calvario, las mujeres, en cambio, se acercan a Jesús, también llorando. Jesús no las consuela, como tampoco ha consolado a Pedro. Más bien las previene y las pone en guardia. No es momento para lamentos, sino para descubrir la acción de Dios, en medio del sufrimiento. Ya en la cruz, Jesús verterá su perdón sobre todos ellos: sobre Pedro, sobre las mujeres, sobre los discípulos huidos, sobre los soldados, sobre Simón de Cirene: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Todos se hallan necesitados de su perdón, aunque no todos lo sepan.

Y mientras se burlan de Jesús y le retan a que se salve, el buen ladrón confiesa la realeza de Jesús y proclama su inocencia: «Jesús acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». El malhechor reconoce su situación personal con crudo realismo; expresa su fe y su amistad con Jesús de forma espontánea; experimenta la comunión en el sufrimiento, ve en Jesús al amigo, se siente comprendido por él. Es el único, en todo el relato de la pasión que llama a Jesús por su nombre, es el único que lo defiende, es el único que se abandona a él. Ha sabido pasar de la burla y de la preocupación por sí mismo de su compañero —«sálvate a ti y a nosotros» le dice el otro ladrón—, a la confianza y al abandono en Jesús. Por eso es el único que recibe la promesa de Salvación: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»

En la primera lectura (Is 50,4-7) resuenan las palabras del tercer cántico del siervo de Dios, según Isaías. El siervo, a pesar de las persecuciones, ha permanecido fiel a la palabra de Dios, escuchada día tras día, movido por una confianza total en Dios. Por eso la tradición cristiana ha visto en el siervo una figura de Cristo, sufriente y glorificado.

La segunda lectura nos ofrece el cántico cristológico de la carta a los Filipenses (2,6-11). Cristo, Dios hecho hombre, por su obediencia extrema ha sido exaltado sobre todo. En la obediencia de Cristo queda superada definitivamente la desobediencia de Adán. Si esta supone la expulsión del paraíso, aquella posibilita la exaltación y la glorificación del hombre Cristo.

La pasión es fuente de perdón y expresión de la misericordia de Dios revelada en Jesucristo.

Los evangelios de Cuaresma del ciclo litúrgico dominical C del leccionario para la misa constituyen una llamada a la conversión y al abandono en la misericordia del Padre, de la que Jesucristo es revelador con sus palabras y sus gestos de acogida y confraternización con los pecadores.

Mientras los dos primeros domingos, en los tres ciclos litúrgicos, nos centran en la identidad humana y divina de Jesús—domingo de las tentaciones y de la transfiguración, respectivamente—, los tres siguientes, en el ciclo dominical C, nos recuerdan que la salvación no es automática, ni está conseguida una vez para siempre, sino que queda condicionada a la conversión constante a Jesucristo y a su palabra (III), porque en Jesús se revela la misericordia reconciliadora del Padre que admite a pecadores y a justos al único banquete escatológico, a condición de que se avengan a entrar (IV). Jesús no condena, sino que perdona al pecador, para que este vaya y no peque más (V). Es más, en su pasión, Jesús se muestra como fuente de perdón y de reconciliación para los que le traicionan, le crucifican, o se confían a él en su dolor (Ramos).

Son todos ellos textos para reflexionar, rezar, y hacer vida en este Jubileo extraordinario de la Misericordia divina.

Jordi LATORRE CASTILLO

Sacerdote salesiano, licenciado en ciencias bíblicas y doctor en teología bíblica, es profesor ordinario de Sagrada Escritura en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas Don Bosco de Barcelona e imparte clases también en otros centros como la Facultad de Teología de Catalunya o el Instituto Superior de Liturgia de Barcelona.

«ALLÍ TE DI LA MANO».
EL SACRAMENTO
DE LA RECONCILIACIÓN
COMO MANIFESTACIÓN
DE LA MISERICORDIA DIVINA

Bert DAELEMANS

Resumen

En el Año de la Misericordia cobra un papel particular la penitencia. El autor explica tres dimensiones de este sacramento para redescubrirlo como un camino privilegiado para volver a encontrarse con el Dios misericordioso: iniciativa del Padre, interrupción por el Hijo e inclusión en el Espíritu.

Palabras clave: Misericordia, Año Jubilar, Penitencia, pecado.

Abstract

During this Year of Mercy, Penance takes a particular role. The author explains three dimensions of this sacrament to rediscover it as a privileged way to meet again the merciful God: initiative of the Father, interruption by the Son, inclusion in the Spirit.

Keywords: Mercy, Jubilee Year, Penance, sin.

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada
(San JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, Canción XXIII).

En el paraíso, nuestra «madre» la naturaleza humana se extravió. Así, debajo del árbol de la cruz, Dios la redimió y reparó, «*dándole allí la mano*» de su favor y misericordia por medio de su muerte y

pasión».¹ En el trasfondo de esta canción se lee tanto Gn 3,6 como Ct 8,5, a lo cual el místico español añade sencillamente, con tierna inocencia: «Allí te di la mano». Esta imagen, plástica por sí misma, no parece necesitar explicación. Basta darse cuenta de que Dios sabe «tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fue la causa del mal ordenarlo a mayor bien».²

Observamos, maravillémonos, que es precisamente *allí, debajo del manzano* como lugar y causa del mal, y no en otro sitio que *te di la mano*. Dios saca de los males bienes y ordena la causa del mal a mayor bien: esto es esencialmente la gracia que celebramos en el sacramento de la reconciliación. Comenta el santo:

Este desposorio que se hizo en la Cruz, no es del que ahora vamos hablando. Porque aquél es desposorio que se hizo de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo con cada alma; mas este es por vía de perfección, que no se hace sino muy poco a poco por sus términos. Que aunque es todo uno, la diferencia es que el uno se hace al paso del alma, y así va poco a poco; y el otro al paso de Dios, y así hácese de una vez.³

El místico distingue entre el desposorio reparatorio del bautismo, que se hace una sola vez, y el desposorio reparatorio que se hace por camino de perfección, muy poco a poco, al paso del alma, pedagógica y pacientemente adaptado a nuestro ritmo. Todo esto es, ciertamente, uno y unido, y desde Dios se hace de una vez por todas, pero desde la perspectiva del ser humano, esta reparación y este desposorio se hacen paso a paso, poco a poco, podríamos decir, por las sucesivas gracias de la reconciliación. Es cierto que san Juan de la Cruz no habla aquí precisamente del sacramento de la reconciliación sino del matrimonio espiritual; pero también es cierto que este desposorio se pinta aquí con colores de reparación, de reconciliación, de renovada alianza (*allí te di la mano*), de salvación y de curación –al fin y al cabo– de misericordia.

1 San JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, Madrid 1958, 702. Cursivas originales. Toda mi gratitud es debida a Adelaida Gil Martínez por sus valiosos comentarios y correcciones con mi texto.

2 San JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 703.

3 Íd.

La confesión no es nada popular. Supongo que nunca lo ha sido. Hoy en día, el sacramento de la penitencia atraviesa una crisis muy seria, debida a no entenderla ni vivirla en su extraordinaria amplitud – una amplitud que, por cierto, ya se vislumbra en sus nombres: confesión, conversión, penitencia, perdón, reconciliación. Por falta de formación o interés teológicos, el sacramento se reduce comúnmente a una mera obligación de carácter jurídica o, peor, se le considera un medio para tutelar y controlar a los fieles. Desde el Concilio Vaticano II se han dado varios intentos para renovar este sacramento, pero la actualidad demuestra que no se ha dado aún en el clavo. No obstante, hay que reconocer también que espacios y tiempos especiales, como lugares de peregrinación y las jornadas mundiales de la juventud, parecen propicios para celebrar de nuevo este sacramento. Persiste la sed de encontrarse con la misericordia divina de esta manera tan adecuada, tan festiva, tan especial. Que no se celebra durante el tiempo ordinario puede deberse, sencillamente, a la falta de buenas experiencias. En cierto modo, ya se ha olvidado el *porqué* de la penitencia, su necesidad y su fruto. Confiamos tanto (y con razón) en la misericordia divina que ya no acudimos al sacramento por miedo al castigo, ni por obligación, ni por costumbre, ni por culpabilidad, el cardenal Kasper denunció «un gigantesco mecanismo de exculpación».⁴ Por lo tanto, ya no nos confesamos. Y así perdemos otra ocasión privilegiada para encontrarnos con la misericordia divina o, lo que es mucho más, con el Dios misericordioso: con Cristo, en el Espíritu, convertidos y reorientados al Padre.

Aquí propongo abrir el rico abanico de este sacramento que se podría llamar «de los realistas». O también «de los valientes», si se prefiere. Tales denominaciones ya indican el camino que voy a seguir. Propongo tres dimensiones para redescubrir como este sacramento es camino privilegiado para (re)encontrarse con el Dios misericordioso: iniciativa del Padre, interrupción por el Hijo e inclusión en el Espíritu.

4 W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae: Santander 2012, 161.

1. EN LA INICIATIVA ESTÁ LA MISERICORDIA. EL ABRAZO DEL PADRE

Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo –por gracia habéis sido salvados– y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús (Ef 2,4-6).

La fórmula de la absolución hace presente a «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados». La misericordia divina, siempre divina, se hace palpable en este encuentro a lo cual asiste el ministro como humilde servidor y testigo del sacramento. Desde su propia vulnerabilidad se sabe inmerecidamente invitado a ser testigo de esta sublime intimidad entre el penitente y el Señor. Todo lo que hace, desde el primer momento, tiene en la misericordia su fuente: la primerísima rúbrica dice: «El sacerdote acoge con bondad al penitente y le saluda con palabras de afecto». Luego, ambos (o solo el penitente) hacen la señal de la cruz, para que este encuentro sacramental esté enmarcado dentro del ámbito trinitario; para que se celebre el sacramento «en el Espíritu». En efecto, como afirmó el santo papa Juan Pablo II, la confesión individual tiene también valor de signo «del comprenderse a sí mismo bajo la mirada de Dios». ⁵ Enseguida, el sacerdote «invita al penitente a poner su confianza en Dios» con estas palabras o parecidas: «Dios, que ha iluminado nuestros corazones, te conceda un verdadero conocimiento de tus pecados y de su misericordia». Es cierto, en este momento, uno puede entrever «el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar» (Jn 1,51). Entonces, el ministro quiere exultar de júbilo porque un hermano suyo «había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado» (Lc 15,32). La misericordia es una acción trinitaria, una celebración perijorética, que abre sus brazos para acoger el pecador. Merece contemplar largamente la conocida imagen trinitaria que acoge en su seno a una víctima herida.

5 San JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica* Reconciliatio et poenitentia (2 de diciembre 1984), 31, III.

Para entender y saborear –«sentir y gustar internamente» dice san Ignacio de Loyola [EE 2]– lo que significa la misericordia, merece la pena volver a la «inagotable»⁶ parábola del Padre misericordioso (Lc 15,11-32). El momento clave se lee en el v. 20: «Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido (*esplagijnisthè*), corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente». Este encuentro cálido, cariñoso, cordial y corporal expresa ya –sin palabras– toda su misericordia. Ya está perdonado, no por la sangre de sacrificios sino por la sangre parental.⁷ No se perdona por sus méritos, sino por ser, simplemente, hijo, lo que nunca ha dejado de ser, aunque su hermano no lo vea así.

1.1. Reconocerse pecador

Pero nunca hubiera disfrutado de este perdón y abrazo, de esta reconciliación e intimidad, si no se hubiera levantado, si no hubiera vuelto al padre. Esta conversión, que supone entrar en sí mismo (v. 17), no es *condición* del perdón, que ya se intuye en el deseo del padre que espera, pero sí *presupuesto* de la experiencia corporal, del abrazo del padre que sana, fortalece y pone en pie. Sin esta conversión no hay celebración del perdón. El hijo, sabiendo que debía expresar humildemente su ofensa y no buscar falsas defensas, le dice: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo» (v. 21). Está preparado a vivir como jornalero, que ya es mucho mejor de como era tratado antes, con menos derechos que los cerdos (v. 16). Pero el padre no le deja terminar la frase y con prisa empiezan a celebrar esta resurrección del hijo, con vestidos, anillo, banquete, música y danzas.

El pecado–materia remota del sacramento según santo Tomás, es decir, aunque remota, ciertamente *materia* del sacramento (*ST III* q84 a2) –nos ha puesto paradójicamente en una situación «privilegiada», propicia, predilecta para un Señor que no ha «venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9,13). Tal situación nos remite siempre al *felix culpa* de los orígenes. No es que necesitemos

6 Ibid., 5.

7 Agradezco al profesor Félix Körner, SJ por esta idea fecunda.

pecar para que Dios nos encuentre. Se trata simplemente de ser realistas. Es llamativo que, en su primera entrevista extensa, el papa Francisco se haya presentado así: «Soy un pecador».⁸ Este realismo valiente es tan contracultural para los postmodernos que somos. El postmoderno prefiere vivir su sueño, donde su realidad coincide con su ideal imaginario. Cada uno de nosotros es el héroe de su propia película. El sacramento de la penitencia irrumpe en esta película poniendo el ideal soñado y la realidad de nuevo a distancia, a su justa distancia. La penitencia empieza con realismo. Su primera dimensión es el reconocimiento. Yo me reconozco pecador. Es realmente un re-conocer, un conocer de nuevo, como si fuera la primera vez y, sin embargo, me reencuentro conmigo mismo, me reconozco: así soy yo. Lamento el pecado, ciertamente, pero tengo la valentía de reconocermelo. Porque así continuó el papa: «Soy un pecador *en el cual Dios ha puesto sus ojos*». El reconocimiento no es únicamente mío: también Dios me reconoce como pecador. Así me busca y me encuentra, a mí, oveja extraviada del rebaño. Y me «pone muy contento sobre los hombros» (Lc 15,5). «De igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15,7). De acuerdo, entonces me arrepiento y me reconozco pecador. Vuelvo la mirada al Señor, me convierto. ¿No es suficiente? ¿Para qué acudir al sacramento?

1.2. *El bautismo de lágrimas*

En el bautismo hemos recibido el Espíritu Santo. Desde este momento, el Espíritu Santo vive dentro de nosotros, nos habita. Hablamos de la inhabitación del Espíritu Santo. No obstante, si siempre viviéramos «en el Espíritu» (Rom 8,9), no habría problema, no habría pecado. Somos muy capaces y hábiles en «entristecer» e incluso «apagar» al Espíritu: «No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el que fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef 4,30); «No extingáis el Espíritu» (1Te 5,19).

8 SPADARO, A., JS, [en línea], *Revista de cultura Razón y Fe* <http://razonyfe.org/images/stories/Entrevista_al_papa_Francisco.pdf> [Consultado el 2 de octubre 2015].

Pecamos. El pecado es una realidad humana, bien humana. Ya la Iglesia de los primeros tiempos se daba cuenta de que haber recibido el Espíritu Santo en el bautismo no protegía mágicamente del pecado. Hacía falta una «segunda tabla de salvación» después del naufragio del pecado. Y nace gradualmente en la Iglesia un nuevo sacramento: la penitencia, como un segundo bautismo, ya no con agua sino con lágrimas.

1.3. Darse tiempo

En los primeros siglos se puede celebrar solo una vez. La confesión misma de los pecados es privada, aunque se haya dado distorsiones tal y como confesiones públicas, que, por ejemplo, el papa san León Magno se apresura en denunciar en una famosa carta del año 459 (DH 323). Pero esta confesión de los pecados es solo un momento fugaz en la celebración del sacramento. Más importante en estos primeros tiempos, y de allí la correcta denominación de «penitencia», es el proceso de los penitentes. Este proceso comienza con la petición de la penitencia (*poenitentiam petere*) y la confesión, que desemboca en el don, por parte del sacerdote, y la aceptación, por parte del penitente, de la penitencia (*poenitentiam dare/accipere*). En este momento, el penitente entra en el orden de los penitentes (*ordo poenitentium*), un orden público, tanto como el orden de los catecúmenos que se preparan al bautismo.

Por ser un proceso visible, se vive en estrecha comunión con la comunidad. Ciertamente, tanto los catecúmenos como los penitentes deben salir de la iglesia después de la liturgia de la palabra, pero la comunidad les acompaña con sus oraciones y, a veces, con ayunos. No era para nada un proceso escondido sino celebrado en comunidad y en solidaridad penitente. El proceso de la penitencia era visto como proceso de reintegración en la plena comunión. De modo honesto y sumamente realista, el proceso era pedagógico y paciente, dando tiempo y espacio, en otras palabras, dignidad a los penitentes para recuperarse de su aversión (*aversio*) a Dios y a la comunidad. Las heridas necesitan su tiempo y su espacio para cicatrizar. El hombre necesita tiempo para reconciliarse consigo mismo, para afrontar su pecaminosidad. El proceso desemboca

en la absolución celebrada el Jueves o el Viernes Santo con una imposición de manos por el obispo. Tal reconciliación con la Iglesia (*reconciliatio cum Ecclesia*) significa al mismo tiempo la paz con Dios (*pax cum Deo*). La misericordia de Dios tenía manos, se expresaba en un abrazo reconciliador, acogedor, transformador.

Los cuatro textos paulinos que nos hablan de la reconciliación (Rom 5,10-11; 2Cor 5,18-20; Ef 2,13-16; Col 1,19-23) concuerdan en que la iniciativa de la reconciliación es de Dios. Cuando acudimos a él en el sacramento de la reconciliación, ya estamos respondiendo a una invitación suya. Acudimos para dejarnos reconciliar con él. No acudimos para reconciliarnos, ni siquiera para pedir la reconciliación. En el hecho de decidimos y levantarnos para volver al Padre ya estamos reconciliados. Es una convicción muy honda de santo Tomás, quien dice que «la contrición puede suplir la falta de absolución sacramental» (*ST III* q67 a3). Además, hablando de la Eucaristía, santo Tomás observa que puede darse «que en principio uno no esté suficientemente contrito, pero que acercándose devota y reverentemente a este sacramento, consiga de él la gracia de la caridad, que perfeccionará su contrición y le otorgará la remisión del pecado» (*ST III* q79 a3). Para Guillermo de Auvernia (†1248) y Hugo de san Caro (†1263), la auténtica contrición es, incluso, *fruto* del sacramento. Para Guillermo, es la absolución que hace que se convierte la atrición en contrición *ex opere operantis* y no tanto *ex opere operato*. Los elementos del sacramento, es decir, la confesión, la absolución y la satisfacción, causan y aumentan la contrición, según el célebre dicho *de atritione fit contritio*.⁹ Esto debería quitar todo residuo de escrúpulo en quien no acude a la Eucaristía por no sentirse suficientemente «puro» para poder hacerlo.

2. EN LA INTERRUPCIÓN ESTÁ LA MISERICORDIA. LA MANO DEL HIJO

Ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro divisorio, la enemistad, anulando en su carne la Ley con sus

9 G. FLÓREZ, *Penitencia y unción de enfermos*, BAC: Madrid 1993, 157-159.

mandamientos y sus decretos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo las paces, y reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad (Ef 2,13-16).

Esta misericordia, lo vimos al principio, se expresa para san Juan de la Cruz en una mano extendida, mano que repara, mano que desposa, mano que ya nunca se retira. Es la mano «de su favor y misericordia», que ofrece «por medio de su muerte y pasión».¹⁰ Esta misericordia tiene origen en la cruz, aquí siempre el árbol de la cruz, que nos ofrece su Fruto maduro. En efecto, es la obra de Dios «reconciliar por él y para él¹¹ todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos» (Col 1,20). La reconciliación brota de la sangre de la cruz. En efecto, lo afirmó recientemente también el catedrático salmantino Dionisio Borobio: «Reconciliación y perdón solo se entienden desde la cruz, desde el amor entregado y la sangre derramada para el perdón de los pecados».¹²

No se puede hablar de reconciliación ni de misericordia sin hablar de herida y de sacrificio. En efecto, la reconciliación consiste «en unir lo separado, en cancelar la deuda, en conducir a la amistad desde la enemistad, en traer a la paz desde la ruptura».¹³ Es allí, donde *tu madre* (la naturaleza humana) *fuera violada*, que *te di la mano*. En este sentido el teólogo dominico canadiense Jean-Marie Tillard

10 San JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 702.

11 Es posible una doble interpretación de «para él»: aplicado a Cristo, en paralelo con «todo fue creado por él y para él» (Col 1,16); o aplicado al Padre, para reconciliar consigo, como en Rom 5,10: «Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!» y en 2Cor 5,18-20: «Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!»

12 D. BOROBIO, *Los sacramentos, fuente de caridad* (Cuadernos Phase 217), Barcelona 2015, 57.

13 *Ibid*, 56. Mis cursivas.

observaba como el plan oculto desde la eternidad en el silencio del Padre, el «misterio de su voluntad» (Ef 1,9), no solo se revela como *koinonia*, o sea como simple reunión en el amor, sino como *koinonia desde la enemistad*, es decir una *koinonia que implica reconciliación*: así se compaginan creación y redención.¹⁴

En la parábola del hijo pródigo, por dos veces, el padre interrumpe a su hijo. En actos: no le deja terminar su camino de conversión emprendido hacia él, sino corre a su encuentro (Lc 15,20); y en palabras: no le deja terminar su confesión, sino empieza a dar instrucciones para la fiesta (v. 22). Esta misericordia, que se adelanta a nuestra contrición, debe de estar muy presente en nuestras mentes cuando acudimos al sacramento de la reconciliación.

3. EN LA INCLUSIÓN ESTÁ LA MISERICORDIA. EL ESPACIO DEL ESPÍRITU

Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! (2Cor 5,18-20).

No obstante, la parábola no termina allí. No entendemos nada de la misericordia divina si la celebremos de manera individual, para no decir individualista, en el secreto, en el lado oscuro de nuestra vida. La misericordia parece una injusticia al hermano mayor, incapaz de decir «mi hermano» (vv. 28-30). Este tema es muy recurrente en los evangelios, y parece que toca nuestra condición humana. Es de todos los tiempos: somos los fariseos que murmuran que Jesús acoge a los pecadores (Lc 15,2), los obreros de la viña que murmuran porque no han recibido más (Mt 20,11), el fariseo que se piensa mejor que el publicano (Lc 18,11). La misericordia divina

14 J.M. TILLARD, «El pan y el cáliz de la reconciliación», *Concilium* 61 (1971) 35-51. Vale mucho la pena volver a las intuiciones de este maravilloso texto.

es un don inmerecido que nos invita a todos a la comunión: *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6,36).

El dicho mateano que he citado arriba es precedido por esta palabra, también dirigida a los fariseos: «Id, pues, a aprender qué significa *Misericordia quiero, que no sacrificio*» (Mt 9,13, citando a Os 6,6). En esta frase se resume muy bien lo que puede ser el sacramento de la reconciliación para nosotros. En Lc 7,47, Jesús dice a Simón el fariseo: «Al que poco se le perdona, poco ama». Para poder amar de verdad hace falta experimentar la misericordia. San Ignacio de Loyola lo ha entendido bien, y por esto empieza sus *Ejercicios espirituales* con la meditación de los pecados. La gracia de la primera semana es precisamente esta misericordia divina, que solo se puede experimentar sobre la base de un realismo humilde. Solo quien se reconoce pecador puede de verdad amar. No es que Simón tuviera menos pecados que la pecadora, y menos necesidad de ser perdonado. Es que Simón no se daba cuenta de cuánto necesitaba la misericordia y el perdón para de verdad escuchar al Maestro (cf. Lc 7,40). Simón carecía de humildad, puerta para acoger la misericordia.

La misericordia divina no olvida, no hace como si no pasara nada. La misericordia de Dios es justicia: denuncia el pecado, la aversión, la separación, el camino mal orientado. Reorienta, restaura y recrea, pero no borra ingenuamente el pasado. Borra los pecados, pero seguimos heridos y cicatrizados en la vida. El hijo pródigo «se levantó» (Lc 15,20). En este levantarse, en esta resurrección, la misericordia divina ya está actuando. Es el Espíritu que nos pone en pie, como lo hizo con el profeta Ezequiel, cuando este cae rostro en tierra ante la tremenda visión del carro de YHWH: «Me invadió *ruah* mientras me hablaba y me puso en pie» (Ez 2,2). Esta *ruah*, este viento o empujón divino nos pone en pie para caminar, para afrontar la vida, para dialogar con Dios. Nos da fuerza necesaria para poder caminar en humildad, reconociéndonos pecadores. La misericordia divina ya está actuando cuando nos decidimos a acudir al sacramento de la penitencia, a hacer penitencia por nuestros pecados. La misericordia libera y capacita. Es muy activa; no es meramente judicial, declarando inocente a quien no lo es. La

misericordia transforma y crea una nueva creación a partir de la anterior: no aniquila la anterior pero la transforma.

El término reconciliación (*katallagē*) contiene, como nos recuerda el teólogo italiano Paolo Gamberini, el adjetivo *allos* (otro); por lo tanto, reconciliar significa también hacerse otro:

Haciéndose pecador con los pecadores, publicano con los publicanos, Jesús sustrae al pecador y al publicano de lo que constituye la esencia del pecado, es decir, la no-relación, el aislamiento infernal en el cual se encuentra el hombre. [...] Jesús se pone en el lugar del pecador al modo de una identificación con el pecador, ofreciéndole un espacio en el cual el pecador puede sentirse acogido y amado.¹⁵

En efecto, «a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2Cor 5,21). Eran *nuestras* dolencias las que él llevaba y *nuestros* dolores los que soportaba, intuyó ya Isaías (Is 53,4). Jesús se hace *otro*, o sea, pecado, maldición (Gal 3,13), identificándose tanto con lo otro que él no es y que somos, que nos reconcilia. No es que nos sustituya como sacrificio para aplacar la cólera de un Dios herido y celoso. Se identifica tanto con nosotros que crea espacio para que podamos caminar. Reconciliar, para Jesús, es crear espacio, ampliar el espacio para que yo pueda respirar. Jesús me capacita; amplía mis posibilidades. El pecado, al contrario, impide vivir, oprime, reduce mis posibilidades en una estrechez infernal. El espacio que Jesús crea es el espacio del Espíritu. Este espacio *es* Espíritu Santo.

En efecto, el término hebreo *ruah* significa originalmente «el espacio, la distancia» (Gn 32,17), incluso el vacío. De esta raíz proceden dos nombres: uno que es el espacio perfumado, el olor, el *reah*; el otro es el espacio neutro, invisible, impalpable, la atmósfera exterior al hombre, o la *ruah*. El sople, la respiración por la que el

15 P. GAMBERINI, «La teología della Croce: dall'evento al senso», en A. DALL'ASTA et al. (eds.), *Alla luce della Croce. Arte antica e contemporanea a confronto*, Fondazione Lerario: Bologna 2011, 7-15, 11.

hombre participa de ese espacio vital, no es la *ruah*, sino la *nefesh* (por la garganta) o la *neshamah* (por la nariz, más cerebral: Gn 2,7).¹⁶

Veamos el primer texto citado. Jacob, asustado por encontrarse con su hermano Esaú, a quien le ha robado la bendición paterna, intenta aplacar su legítima y esperada cólera enviándole un cortejo de cabras, ovejas, camellos, vacas y asnos: «Pasad delante de mí, dejando *ruah* entre manada y manada» (Gn 32,17). Llama la atención esta advertencia detallista de Jacob. Puede que sea un experto en psicología humana, o conoce bien a su hermano mayor, pero es cierto que maniobra meticulosamente la llegada de su interminable desfile de regalos: el espacio (*ruah*) entre las manadas es sumamente importante. Es posible que, como comenta Von Rad, esta anécdota también tenga la misión humorística de «suscitar sonrisas a pesar de la seriedad de la situación». ¹⁷ Es decir, aliviar el relato, hacerlo más leve con estos espacios vacíos que permiten descansar. Los espacios de *ruah* entre las manadas –que son también espacios de tiempo– permiten a Esaú acoger el don; no está abrumado, aplastado de repente sino, poco a poco, a su ritmo, puede hacer su propio proceso, su propia lucha interior. La *ruah* entre las manadas respeta el ritmo del destinatario para la reconciliación. *Ruah* aquí también es respeto, espacio vital, aliento, tiempo, paciencia.

El significado básico de «crear espacio, poner en movimiento, sacar de la angostura a lo ancho y así vivificar»¹⁸ es sumamente importante para entender y saborear quién es el Espíritu Santo. Desde luego, es «experimentado por el hombre como un *medio indispensable* para su vida, sea bajo su aspecto *espacial*, en cuanto espacio vital (Jb 7,11; Eclo 7,8) o bajo su aspecto *sensible*, aliento

16 H. CAZELLES, «Espíritu y *Ruah* en el Antiguo Testamento», en J. M. ASURMENDI et al. (eds.), *El Espíritu Santo en la Biblia* (Cuadernos Bíblicos 52), Estella 1998, 22.

17 G. VON RAD, *El libro del Génesis*, Salamanca: Sígueme 1982, 393.

18 H. SCHÜNGEL-STRAUMANN, *Ruah bewegt die Welt*, 61, citado en B. J. HILBERATH, «Pneumatología», en Th. SCHNEIDER (ed.), *Manual de teología dogmática*, Herder: Barcelona 1996, 509-618, aquí 517.

(Sl 104,29) o viento (Sl 78,26), incluso tempestad (1Re 9,11)». ¹⁹ El sustantivo femenino es probablemente onomatopéyico, imitando el ruido del viento y de la respiración agitada. En el ámbito del semítico occidental hay muchos paralelos que significan viento o espíritu. En ugarítico tiene además la aceptación de aroma. Entre los especialistas se discute la relación con *rwh*, ser ligero, amplio:

Quando *ruah Elohim* asaltaba a Saúl, tomaba David la cítara, la tocaba, Saúl encontraba *rwh* (calma) y bienestar y *ruah* malo se apartaba de él (1Sam 16,23).

¡Ay el que edifica su casa sin justicia y sus pisos sin derecho! De su prójimo se sirve de balde y su trabajo no le paga. El que dice: «Voy a edificarme una casa espaciosa y pisos ventilados (*rewahim*)», y le abre sus correspondientes ventanas; pone paneles de cedro y los pinta de rojo. ¿Serás acaso rey porque seas un apasionado del cedro? Tu padre, ¿no comía y bebía? ¡Pero practicaba justicia y equidad! Por eso todo le iba bien (Jr 22,13-15).

Concluimos este breve apartado pneumatológico diciendo que la reconciliación que nos ofrece Jesús es sobre todo espacio vital. En la reconciliación, sobre todo en la sacramental, el Espíritu Santo se nos regala como espacio vital, aliento, dinamismo, entusiasmo, re-creación. Esta gracia, el cristiano es capaz de sentirla como una madre siente el niño en su vientre. ²⁰ La gracia divina nos llega como golpecitos de vida, dando vida. La misericordia nos transforma desde dentro. Nos alimenta, sobre todo, con esperanza. Nos renueva la esperanza, *el a pesar de*. Seguimos por la vida como heridos, como cicatrizados. Los pecados dejan huellas. Nuestro pasado deja huellas. Nuestras decisiones nos definen, pero no determinan nuestro futuro. El sacramento de la reconciliación no limpia como si los pecados fueran solamente exteriores, superficiales. Todo pecado atraviesa el corazón. Es cierto que, sin entender el pecado, no podemos entender lo hondo de la misericordia.

19 M.A. CHEVALIER, «El Espíritu de Dios en la Escritura», en B. LAURET – F. LEFOURÉ (eds.), *Iniciación a la práctica de la teología II*, Cristiandad: Madrid 1984, 417-461, aquí 417. Mis cursivas.

20 Simeón el Nuevo Teólogo, citado en D. ALEIXANDRE, MONJAS TRINITARIAS DE SUESA, VÍCTOR HERRERO, *Aventuremos la vida. Invitaciones a la vida consagrada*, Madrid: PPC 2015, 13.

CONCLUSIÓN

Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, los seres de la tierra y de los cielos. Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables delante de él; con tal que permanezcáis sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio que oísteis, que ha sido proclamado a toda criatura bajo el cielo, y del que yo, Pablo, he llegado a ser ministro (Col 1,19-23).

«Siempre confieso lo mismo». A veces, se oye pena, tristeza, miedo, duda y resignación cuando se nos dice esto. Pena porque no voy cambiando de verdad. Tristeza porque me gustaría ser liberado de esta cruz. Miedo porque aparentemente no lo puedo dejar, entonces ¿cómo se puede hablar de verdadera contrición? Duda, sobre todo de mí mismo, pero también de la misericordia divina y del sacramento del perdón. Resignación porque el sacramento es mi última esperanza. San Ignacio sabía que «es propio del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no se pase adelante» (EE 315). En efecto, nuestro enemigo «se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto [...]; mas cuando las descubre a su buen confesor, o a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa» (EE 326).

Como lo indica la fórmula de la absolución, el sacramento de la reconciliación es intrínsecamente trinitario. La reconciliación es, sobre todo, un don, una iniciativa, una invitación del Padre misericordioso. En relación con Cristo, el sacramento actualiza el misterio pascual, insertándonos en la historia de salvación. Siempre viene a interrumpir nuestra cotidianidad, como bendita, feliz interrupción. El Espíritu Santo es «presencia» del poder de Cristo, «agente principal», «ámbito y posibilidad» de la reconciliación sacramental.²¹ En la fórmula para la absolución general, se dice del Espíritu:

21 BOROBIO, *Los sacramentos*, 61.

El Espíritu consolador, que se nos dio para el perdón de los pecados, purifique vuestros corazones y os llene de su claridad, para que proclaméis las hazañas del que os llamó a salir de la tiniebla y entrar en su luz maravillosa.

El Espíritu consuela, purifica, ilumina e impulsa para dar testimonio de la misericordia. Ofrece espacio, un espacio vital e inclusivo para ser misericordiosos como el Padre.

En definitiva, para abrirnos –dejarnos abrir– a la misericordia trinitaria hemos de tener la valentía de volver *debajo del manzano, donde tu madre fuera violada: allí conmigo fuiste desposada, allí te di la mano*. «Las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor», afirma el mismo san Juan de la Cruz cuando explica los versículos ¡Oh cauterio suave!, ¡oh regalada llaga! de su *Llama de amor viva*. El cauterio suave es el Espíritu Santo:

Y eso tiene este cauterio de amor, que en el alma que toca, ahora esté llagada de otras llagas de miserias y pecados, ahora esté sana, luego la deja llagada de amor; y ya las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor.²²

La llaga no se quita; se transforma. Se transfigura de llaga de miserias y pecados en llaga de amor. Vamos avanzando en la vida como heridos –tanto heridos por miserias y pecados como heridos por amor–. Mejor ir por la vida herido por amor que herido por miserias y pecados. Solo el amor cura, pero cura hiriendo. Es como si el amor eligiera las llagas de miserias y pecados como predilectas para empezar a sanar, a liberar, a herir. En nuestras heridas empieza el amor su obra de salvación y reconciliación. Es cierto, el prójimo es «el que practicó la misericordia con él». Le dijo Jesús: «Vete y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

Bert DAELEMANS

Sacerdote jesuita flamenco, ingeniero-arquitecto y doctor en teología, es profesor de la Universidad Pontificia de Comillas.

22 San JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, 852-853.

«MISERICORDIA» EN LOS ORDINES DEL PONTIFICAL ROMANO

Roberto Russo

Resumen

El artículo rastrea la eucología del Pontifical Romano para analizar el término «misericordia» en los sacramentos y sacramentales. Concretamente son estudiados el Ritual de órdenes, la bendición de una abad/abadesa, la consagración de vírgenes, la dedicación de iglesia y altares y la coronación de una imagen de la Virgen María

Palabras clave: Misericordia, Año Jubilar, Pontifical, ordenación, obispo, presbítero, diácono, abad, vírgenes, dedicación, María.

Abstract

This article trails the eucology from the Roman Pontifical in order to analyse the term «mercy» in sacraments and sacramentals. The Ritual of Holy Orders, the blessing of an abbot/abbess, the consecration of virgins, the dedication of the church and altars, and the coronation of an image of the Virgin Mary, are specifically studied here.

Keywords: Mercy, Jubilee Year, Pontifical, ordination, bishop, priest, deacon, abbot, virgins, dedication, Mary.

«Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia» afirma el papa Francisco en la Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia.¹ Contemplar la misericordia significa verla impresa en el rostro de Cristo que está vivo y realmente presente en la liturgia de la Iglesia. El Jubileo de la Misericordia debe ser, ante todo, celebrado. Los signos que lo

1 FRANCISCO, *Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la misericordia Misericordiae Vultus*, núm. 2.

acompañan encuentran su culmen en la celebración litúrgica. El objetivo de este aporte es «contemplar» cómo viene expresada y orada la misericordia en los textos eucológicos de los libros litúrgicos vigentes que componen el Pontifical Romano.

Luego de una breve presentación de lo que es el Pontifical, nos detendremos exclusivamente en algunas oraciones «significativas» compuestas por la Iglesia en que aparece el término «misericordia»,² con exclusión de los adjetivos o adverbios derivados y de los sinónimos, en los diversos libros que componen el Pontifical, y finalmente una breve síntesis en la conclusión.

1. EL «PONTIFICAL»

Uno de los elementos necesarios para la celebración litúrgica son los libros litúrgicos, entre los que está el Pontifical que es el libro que contiene fórmulas y ritos de las celebraciones reservadas al obispo (pontífice).

Luego de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II los distintos ritos que competen al obispo han sido publicados, en su edición típica, en libros separados. En América Latina existe desde 1978 en un único volumen todos los ritos propios del obispo publicado por el CELAM; también Argentina publicó en 1980 una primera edición del Pontifical y en 2003 fue aprobada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos su segunda edición. Por su parte la Conferencia Episcopal del Brasil (CNBB) publicó en 1999 el Pontifical Romano en un solo volumen.

Los *Ordines* que normalmente encontramos en el Pontifical son: los rituales de la confirmación; del sacramento del orden; de la profesión religiosa, de consagración de vírgenes; de bendición de abades y abadesas; de dedicación de iglesias y de altares; inicio del ministerio del nuevo párroco; coronación de una imagen de la virgen y finalmente el referido a los ministerios.

2 La palabra «misericordia» (en hebreo: *hésed*) tiene una fuerte riqueza de significados, y por ello se traduce de diversas maneras: ternura, gracia, misericordia, clemencia, bondad, benevolencia, amor. Este vocabulario revela un rasgo sorprendente de Dios: el de la maternidad. Si hay un lugar donde mora la *hésed* divina, es el vientre, las entrañas (en hebreo: *rahamim*).

2. RITUAL DE ÓRDENES

El papa Pablo VI promulgó en 1968 la primera edición típica del *Ritual de órdenes* y Juan Pablo II en 1989 la segunda, en la cual se tuvo en cuenta los principios expuestos en el *Ceremonial de los Obispos* (1984) y los textos bíblicos según la Neovulgata (1986).

2.1. Rito de la ordenación del obispo

La expresión «misericordia» aparece una sola vez en el ritual de ordenación del obispo, y es en la oración de ordenación del mismo. La *imposición de manos* y la solemne *plegaria de ordenación* son los signos esenciales de la liturgia de ordenación. El texto de la oración de ordenación del obispo ha sido totalmente renovado volviéndose a la fórmula conservada en la *Tradición Apostólica* atribuida a Hipólito de Roma del siglo III.

Las plegarias de ordenación, como las grandes plegarias presidenciales de la liturgia, tienen un esquema que es deudor de las plegarias judías de bendición. Contienen, por tanto, los elementos propios de toda bendición. Así, con una sucesión que no rompe la unidad, se puede distinguir las siguientes partes: una *invocación* inicial en la que se bendice a Dios; se continúa alabando a Dios recordando las maravillas que ha obrado en la historia de la salvación: *anámnesis*; luego se invoca al Espíritu Santo sobre el elegido: *epiclesis*. Aquí encontramos las palabras esenciales para cada orden. Siguen unas *intercesiones*, en las que la súplica central realizada en la epiclesis se prolonga con peticiones que señalan las funciones que acaban de recibir los recién ordenados y las virtudes que deben tener; la *conclusión*, que puede tomar forma de glorificación o doxología a Dios y toda la asamblea confirma con el *Amén*.

Es en el prólogo de la oración de ordenación del obispo donde encontramos nuestra expresión:³

3 Para la presentación de la plegaria de ordenación episcopal cf. G. FERRARO, «Orden/Ordenación», en D. SARTORE – A.M. TRIACCA (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Madrid: Paulinas 1987, 1873-1892. 1488-1890; G. FERRARO, *Le preghiere di ordinazione al diaconato, al presbiterato e all'episcopato*, Napoli: Dehoniane 1977, 154-260; G. FERRARO, *I sacramenti nella Liturgia*, Roma: Dehoniane 1997, 223-236; A. BOTERO, *Ordenación de Obispos, presbíteros y diáconos. Catequesis sobre el ritual del sacramento del Orden*, Bogotá: Centro

Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
Padre de *misericordia* y Dios de todo consuelo,
que habitas en el cielo y te fijas en los humildes;
que lo conoces todo antes de que exista.

La oración comienza con un breve prólogo dirigiéndose al Padre quien aparece con los atributos bíblicos del: «Padre de misericordia y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1,3) «que habitas en el cielo» (Sal 112,5-6) y «te fijas en los humildes; que lo conoces todo antes de que exista» (Dn 13,42). El texto en latín dice «*de las misericordias*» como aparece en 2Cor 1,3.

A través de estas palabras, Dios es presentado en su misterio de trascendencia y señorío, de paternidad hacia Jesucristo y de misericordia hacia los hombres. Él habita en el cielo y se dirige hacia los hombres sus criaturas; la trascendencia de Dios y su inmanencia salvífica se despliegan en el rito sacramental que se está celebrando.

2.2. Rito de ordenación de los presbíteros

La expresión «misericordia» se encuentra en tres textos eucológicos: en la promesa de los elegidos, en las letanías y en la oración de ordenación.

En la *promesa de los elegidos*⁴ los candidatos declaran su propia voluntad de ejercer su ministerio con todas sus fuerzas como un servicio en la Iglesia y para la Iglesia, en unión con el colegio epis-

carismático «Minuto de Dios» 1991; F. XAVIER ARÓZTEGUI, «La ordenación del Obispo», *Oración de las Horas* 12 (1993) 586-593; S. PIÉ, «La plegaria de ordenación de los presbíteros. Nueva edición del Ritual», *Phase* 31 (1991) 471-490; P. JOUNEL, «La nouvelle édition typique du rituel des ordinations», *La Maison Dieu* 186 (1991) 7-22; M. VIDAL, «La nouvelle prière d'ordination des pretres. Réflexions théologiques», *La Maison Dieu* 186 (1991) 23-30; F. ARÓZTEGUI, «La plegaria de ordenación de presbíteros», *Liturgia y Espiritualidad* 25 (1994/5) 174-184; A. GARCÍA MACÍAS, «Presbíteros en cada Iglesia» (*Act 14,23*). *La plegaria de ordenación del presbítero en el Rito Bizantino-Griego y en el Rito Romano* (Bibliotheca «Ephemerides Liturgicae». Subsidia 155), Roma: Ed. Liturgiche 2011.

4 Cf. R. Russo, «Las “promesas sacerdotales” en la actual liturgia romana», *Ecclesia Orans* 14 (1997) 49-69.

copal, como colaboradores del obispo a quien le deben respeto y obediencia. Este interrogatorio versa sobre la disposición de ánimo del candidato en orden al cumplimiento de sus funciones.

El texto de las promesas en la segunda edición típica del *Ritual de Órdenes* de 1989 está ordenado diversamente y se le han integrado algunos aspectos con respecto al texto de la *editio typica* de 1968: presenta cinco preguntas, en lugar de cuatro, y además la promesa de obediencia.

El texto es el siguiente:

¿Están dispuestos a invocar la *misericordia* divina con nosotros, en favor del pueblo que se les encomiende, perseverando en el mandato de orar sin desfallecer?

Las funciones ministeriales se ven enriquecidas en este formulario con la mención del ministerio de la oración, invocando la *misericordia* divina en favor del pueblo. Este aspecto es totalmente nuevo con respecto a todas las otras versiones. El formulario continúa luego con la configuración a Cristo sacerdote y la promesa de obediencia.

Con la oración de *las letanías*⁵ la preparación llega a su punto culminante, el obispo ordenante invita a la plegaria y concluye con una oración. Es toda la Iglesia reunida la que debe orar «por el descenso del Espíritu» (cf. *Trad. Ap.*, núm. 2) sobre los candidatos, y en ese contexto de «oración eclesial», de toda la asamblea, cobra pleno sentido el núcleo central sacramental.

En general la estructura de las letanías es la siguiente: *súplica a Dios; invocación a los santos; invocación a Cristo, súplica para diversas necesidades y conclusión*. Es en las súplicas particulares que encontramos el texto:

Para que tengas *misericordia* de todos los que sufren.

5 Cf. J. URDEIX, «Las letanías de los santos», *Phase* 153 (1986) 261-275; A.M. TRIACCA, «Le “litaniae sanctorum” nell’attuale liturgia romana. Dati – Annotazioni – Rilievi», en I. SCICOLONE (ed.), *Psallendum. Studi offerti al Prof. Jordi Pinell i Pons* (Studia Anselmiana 105), Pontificio Ateneo S. Anselmo, Roma 1992, 303-372.

Primero se pide por la Iglesia, el papa y el clero; luego se pasa en concreto a pedir por los que serán ordenados presbíteros: que sean bendecidos, santificados y consagrados; se pasa luego por la paz y concordia de todos los pueblos y luego se fija en los que sufren, implorando la *miseriordia* divina sobre ellos y se concluye pidiendo por toda la asamblea orante que sea fortalecida y asistida.

Así llegamos a la *oración de ordenación* que junto con la imposición de manos constituyen el rito central. El texto de la oración de ordenación presbiteral ha sido levemente retocado en la edición de 1968, pero que es el mismo que estaba en vigor en la liturgia romana, procedente del *Sacramentario Veronense* (siglo VI pero que recoge textos más antiguos). A pesar de la inicial satisfacción con que se aceptó el no modificar la oración de ordenación de los presbíteros en la primera edición típica posconciliar (1968), la experiencia posterior no ha confirmado tales previsiones. De hecho, la novedad más sobresaliente de la segunda edición del *Ritual de Órdenes* (1989) es la revisión de dicha oración.

El texto presenta una estructura trinitaria. Está dirigida a Dios Padre; en la primera parte se hace una *anámnesis* de la obra realizada por Dios en la historia de la salvación en relación con el ministerio del presbiterado; en la parte central la *epiclesis*, en la que se invoca el Espíritu Santo sobre los candidatos; en la tercera parte están las *intercesiones* a favor de los ordenados por la mediación de Jesucristo nuestro Señor.

El texto que a nosotros nos interesa se encuentra en las intercesiones y dice:

Que en comunión con nosotros, Señor,
imploren tu *miseriordia*
por el pueblo que se les confía
y en favor del mundo entero.

Las *intercesiones por la mediación de Jesucristo*, es decir, las peticiones, son íntegramente nuevas y vienen marcada por el escalonamiento, en el texto latino, por tres «*sint*» (sean) unidos a «*nostrí / nobiscum / nobis*» que explicitan orgánicamente cómo los presbíteros son colaboradores del obispo.

Las peticiones retoman el enunciado expuesto, en la anámnesis, de las funciones de los presbíteros y sus frutos, es decir, las tres funciones ministeriales de los presbíteros y los obispos: la evangelización, el gobierno pastoral y el culto.

En primer lugar («*sint*») viene indicada la potestad de la predicación. Luego («*sint*») se enuncia la función de santificación: «dispensadores de los misterios» (1Cor 4,1) a través de la celebración de los sacramentos. Finalmente las palabras: «Que en comunión con nosotros («*sint nobis iuncti*»), Señor, imploren tu *misericordia* por el pueblo que se les confía y en favor del mundo entero» indican el deber presbiteral de la Liturgia de las Horas; insinúan con la expresión: «el pueblo que se les confía», el ejercicio de la potestad de gobierno pastoral. El contenido de este párrafo está tomado casi literalmente del Decreto *Presbyterorum ordinis* núm. 5 que habla de los presbíteros como ministros de los sacramentos y hace una mención especial a la Liturgia de las Horas. Su contenido está en relación con la pregunta ya analizada de las promesas sacerdotales.

2.3. Rito de ordenación de diáconos

Se repite en las letanías la misma petición que en el ritual de ordenación de diáconos, que ya fue anteriormente comentada: «Para que tengas *misericordia* de todos los que sufren».

3. BENDICIÓN DE UN ABAD/ ABADESA

El nuevo ritual (1970) ha querido evitar toda confusión de la bendición de un abad con la ordenación episcopal. Pero, al mismo tiempo, ha querido poner de relieve la función del abad, que justifica una bendición y lo distingue de otro tipo de superior. De aquí la revisión de los formularios, que eran muy jurídicos en el ritual anterior al Concilio, y darle un contenido más espiritual y monástico.

El ritual presenta cuatro fórmulas de bendición. Todas ellas expresan, de distinto modo, lo que constituye lo esencial del ministerio del abad: dirigir a los monjes en su búsqueda de Dios.

En la segunda fórmula de bendición aparece, en la edición en español, la expresión «*misericordia*», que en la edición típica no aparece:

Míralo/a con misericordia⁶
y concédele en abundancia tus dones.

En esta oración de bendición se invoca a Dios para que mire *miserikordiosamente* al nuevo abad y se piden cuatro cosas para él: la abundancia de los dones divinos; el don de la sabiduría; que recorra los caminos de la salvación y de la paz y que siga las huellas de Cristo.

4. CONSAGRACIÓN DE VÍRGENES

El 31 de mayo de 1970, la Sagrada Congregación para el Culto Divino promulgó el *Ordo consecrationis virginum*, restaurado en conformidad con la prescripción conciliar: «Revísese el rito de la consagración de vírgenes, que forma parte del pontifical romano» (SC 80).⁷

El ritual de Pablo VI tiene una estructura sencilla y lineal. Como los demás ritos de consagración, también este tiene lugar durante la celebración eucarística, entre la liturgia de la palabra y la liturgia del sacramento.

Nuestra expresión aparece en la *llamada de las vírgenes*. Proclamado el evangelio, tiene lugar la llamada ritual de las vírgenes. Al canto de la antifona *Prudentes virgines*,⁸ las vírgenes encienden sus lámparas y se acercan procesionalmente al presbiterio. Sigue la invitación del obispo: *Venite, filiae*⁹ a la que responden las vírgenes, mientras se van acercando procesionalmente al altar: *Et nunc sequimur*:

Ahora, Señor, te seguimos de todo corazón,
te respetamos y buscamos tu rostro;

6 Texto latino: *respice eum et tribue eis omnia tuarum dona virtutum*.

7 I. CALABUIG – R. BARBIERI, «Consagración de vírgenes», en SARTORE – TRIACCA (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, 452-475; A. NOCENT, «La consagración de vírgenes», en A.G. MARTIMORT (ed.), *La Iglesia en oración*, Barcelona: Herder 1987, 779-791; J. ORIOL, «El nuevo rito de la consagración de vírgenes», *Phase* 11 (1971) 292-296; G. RAMIS, «El Ritual de profesión religiosa y consagración de vírgenes (Aproximación teológica)», *Phase* 20 (1980) 199-228.

8 «Vírgenes prudentes, preparad vuestras lámparas; mirad que llega el esposo: salid a recibirlo.»

9 «Venid, hijas, escuchadme; os instruiré en el temor del Señor.»

no nos defraudes, Señor,
tráтанos según tu piedad,
según tu gran *misericordia*.

La llamada ritual de las vírgenes en el ritual de 1970 aparece notablemente simplificada: se eliminan algunos elementos que la hacían enfática y espectacular. Los tres textos con que se articula la llamada son de inspiración bíblica: *Prudentes virgines* proviene de Mt 25,6; *Venite, filiae*, del Sl 33,12; *Et nunc sequimur*, de Dan 3,41-42. Este último expresa admirablemente los sentimientos que invaden el corazón de una virgen el día de su consagración: vivo amor a Cristo, intenso deseo de seguirle y, al mismo tiempo, plena conciencia de la propia debilidad, por eso su petición de ser tratada con piedad y *misericordia*.

Desde el punto de vista ritual, la llamada de las vírgenes da lugar a un cortejo nupcial que evoca el cortejo de las vírgenes prudentes admitidas en casa del esposo (cf. Mt 25,1-12), y representa en un cierto sentido la supervivencia ritual del antiguo cortejo con que, en la noche, con hachas encendidas, era conducida la esposa a la casa del esposo.

Desde el punto de vista teológico, en cambio, la virgen que se acerca al altar y al obispo (dos símbolos de Cristo-Esposo) es la virgen que sale al encuentro de Cristo para celebrar con él, en el más elevado ambiente litúrgico, un rito de nupcial alianza.

5. DEDICACIÓN DE IGLESIAS Y DE ALTARES

El nuevo *Ordo Dedicacionis Ecclesiae et Altaris* fue aprobado por el papa Pablo VI con fecha 29 de mayo de 1977. La dedicación de la iglesia constituye una de las celebraciones más importantes de una comunidad local, hasta el punto que invade toda la liturgia.¹⁰

10 Cf. I. CALABUIG, «L'Ordo dedicationis ecclesiae et altari. Apunti di una lettera», *Notitiae* 133-134-135 (1977) 390-450; P. TENA, «Ritual de Dedicación de Iglesias. Comentario al ritual», *Phase* 19 (1979) 183-221; G. FERRARO, *Cristo è l'altare. Liturgia di dedizione della chiesa e dell'altare*, Roma: OCD 2004; J. J. FLORES, *Los sacramentales. Bendiciones, exorcismos y dedicación de las iglesias*, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica 2010, 345-362.

El Ordo se articula en cuatro partes: los ritos *iniciales*; la *liturgia de la Palabra*, la *oración de dedicación y las unciones* y la *liturgia eucarística*. El rito se presenta claro y lineal en su estructura. Se insiste en que la celebración de la Eucaristía constituye el centro, más aún, el único acto necesario para la dedicación de una iglesia.

Hay dos textos eucológicos en los que aparece la expresión «misericordia»: en la bendición del agua, que forma parte de los ritos iniciales y en la oración de dedicación.

5.1. Bendición del agua

Una vez que todos se han acomodado, el obispo bendice el agua para asperjar a la asamblea. El valor de este acto, además del simbolismo litúrgico del agua, viene indicado por las palabras de la oración de bendición y de la antífona cantada durante la aspersion: es signo de penitencia y anámnesis del bautismo. La fórmula de bendición del agua se articula en tres partes: la primera contiene la *anámnesis* de la obra de Dios Padre en el sacramento del bautismo, la parte central invoca la *bendición del agua* como signo del bautismo y de sus efectos, la tercera es la *intercesión* por la mediación del Hijo de Dios Jesucristo para que se cumpla la realidad invocada.

Es en la parte inicial del prólogo donde aparece «misericordia» y en ella se expresa las características de Dios en relación con la creación y la salvación:

Dios, Padre nuestro, fuente de luz y de vida,
que tanto, amas a los hombres
que no solo los alimentas con solicitud paternal,
sino que los purificas del pecado con el rocío de la caridad
y los guías constantemente hacia Cristo, su Cabeza;
y así has querido, en tu designio *misericioso*
que los pecadores, al sumergirse en el baño bautismal,
mueran con Cristo y resuciten inocentes,
sean hechos miembros suyos y herederos del premio eterno.

La primera característica de Dios consiste en crear la vida. La segunda sintetiza en tres aspectos la actividad salvífica divina: el cuidado de los hombres, la purificación de los pecados, la atracción hacia Cristo. La anámnesis concentra estas atribuciones salvíficas

de Dios Padre en el sacramento del bautismo. En el designio de su *misericordia* Dios Padre estableció que los hombres descendiendo pecadores en el agua se conviertan en partícipes de la muerte y de la resurrección de Cristo, sean miembros suyos y coherederos del premio eterno.

5.2. Oración de dedicación

En la tercera parte del rito se encuentra la *prex dedicationis*. Ella expresa la voluntad de dedicar para siempre la iglesia al Señor, y se pide su bendición.¹¹ La oración es de nueva composición, construida según los modelos clásicos tanto en su estructura como en su terminología. Está articulada en una breve introducción, tres amplias partes y una concisa conclusión. En la primera, nos presenta, con carácter *anamnético*, imágenes bíblicas de la iglesia; la segunda parte posee un claro tono *epiclético* y se pide a Dios que realice en la iglesia y en el altar todo lo que ha sido evocado en la parte precedente; en la tercera se destacan las *funciones* de la iglesia: el sacramento del bautismo, la Eucaristía, la liturgia de las horas, la misericordia, la libertad y la filiación divina.

Es en la tercera parte donde aparece nuestra expresión:

Que en este lugar el torrente de tu gracia
lave las manchas de los hombres,
para que tus hijos, Padre, muertos al pecado,
renazcan a la vida nueva.
Que tus fieles, reunidos junto a este altar,
celebren el memorial de la pascua
y se fortalezcan con la palabra y el cuerpo de Cristo.
Que resuene aquí la alabanza jubilosa
que armoniza las voces de los ángeles y de los hombres,
y que suba hasta ti la plegaria por la salvación del mundo.
Que los pobres encuentren aquí *misericordia*,
los oprimidos alcancen la verdadera libertad,
y todos los hombres sientan la dignidad de ser hijos tuyos,
hasta que lleguen, gozosos, a la Jerusalén celestial.

11 Cf. P. TENA, «Ritual de Dedicación de iglesias. Comentario al ritual», *Phase* 19 (1979) 206.

Dios actúa con misericordia y socorre a los débiles y a los pobres. En la iglesia los pobres encuentran *misericordia*; la misericordia de Dios es dada a los hombres salvándolos; ella es celebrada a lo largo de toda la sagrada escritura. Recordemos solamente el cántico de María: «Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen [...] Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia» (Lc 1,50.54) y el cántico de Zacarías que bendice al Señor con estas palabras: «Así tuvo misericordia de nuestros padres [...] gracias a la misericordiosa ternura de nuestro Dios, que nos traerá del cielo la visita del Sol naciente» (Lc 1,72.78).

6. CORONACIÓN DE UNA IMAGEN DE LA VIRGEN MARÍA

El 25 de marzo de 1981 fue promulgado el *Ordo Coronandi imaginem beatæ Mariæ Virginis*. El rito puede realizarse dentro de la misa, unida a la celebración de vísperas o de una liturgia de la Palabra. En cualquiera de los tres casos previstos se encuentra la misma oración de bendición: *Benedictus es, Domine*, texto de nueva composición y el más significativo del ritual en el cual se encuentra por dos veces la expresión «misericordia».¹²

La oración consta de tres partes: *Bendición* a Dios que humilla y enaltece; *invocación* a Dios en favor de sus siervos, devotos de María y *pedido de gracias* para los discípulos. Nos centraremos en la primera parte.

Bendito eres, Señor, Dios del cielo y de la tierra,
 que con tu *misericordia* y tu justicia
 dispersas a los soberbios y enalteces a los humildes;
 de este admirable designio de tu providencia
 nos has dejado un ejemplo sublime
 en el Verbo encarnado y en su Virgen Madre:
 tu Hijo, que voluntariamente se rebajó
 hasta la muerte de cruz,
 resplandece de gloria eterna y está sentado a tu derecha
 como rey de reyes y Señor de señores;

12 Cf. I. CALABUIG, «Significato e valore del nuovo "Ordo Coronandi imaginem Beatæ Mariæ Virginis"», *Notitiae* 178-179 (1981) 268-324.

y la Virgen, que quiso llamarse tu esclava,
fue elegida Madre del Redentor
y verdadera Madre de los que viven,
y ahora, exaltada sobre los coros de los ángeles,
reina gloriosamente con su Hijo,
intercediendo por todos los hombres
como abogada de la gracia y reina de *misericordia*.

La oración es una bendición a Dios, y como indica el título litúrgico es una *acción de gracias* y una *invocación*. Antes que nada una «acción de gracias» a Dios por las maravillas de su bondad; en este caso porque él, *misericordioso* y justo (Sl 114,4; Sl 115,5) según su admirable designio, dispersa a los soberbios y enaltece a los humildes. Una «invocación» de su gracia en favor de los participantes del rito, que al coronar la imagen de Jesús y de María, confiesan el señorío de Cristo e imploran la intercesión de la Virgen.

En esta primera parte la Virgen es presentada con diversos títulos, entre ellos «reina de *misericordia*». Este título celebra la bondad, la generosidad, la dignidad de la santísima Virgen, la cual, exaltada sobre los coros de los ángeles... intercede por todos los hombres. Es la única vez que en todo el Pontifical aparece «*misericordia*» aplicada a alguien que no es el Señor. La misericordia es el «atributo más estupendo del creador y del redentor», ha dicho Juan Pablo II en su encíclica *Dives in misericordia* (núm. 13), y nadie sobre la tierra lo ha experimentado de forma tan radical y sobrecogedora como le ocurrió a María Santísima: «*Reina y Madre de misericordia*».

7. CONCLUSIÓN

De los siete ordines analizados del Pontifical, la expresión «*misericordia*» se encuentra en nueve textos eucológicos «significativos», dejando de lado el aplicado a la Virgen, pues en nuestro contexto del Año Santo, todo está centrado en la misericordia del Padre.

En síntesis tenemos la «*misericordia*»:

como atributo de Dios: (Padre de misericordia y Dios de todo consuelo; Señor, tráтанos... según tu gran misericordia; en tu designio misericordioso; Dios... que con tu misericordia y tu justicia).

como invocación de la misericordia del Padre en función del pueblo: (invocar la misericordia divina con nosotros en favor del pueblo que se les encomiende; que... imploren tu misericordia por el pueblo que se les confía) y en particular en función de los que sufren y de los pobres: (para que tengas misericordia de todos los que sufren; que los pobres encuentren aquí misericordia).

Es deseo del papa Francisco «que el Jubileo sea experiencia viva de la cercanía del Padre, como si se quisiese tocar con la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz». ¹³ Estos textos oracionales que hemos analizados tienen en común presentarnos la cercanía del Padre misericordioso al pueblo santo de Dios; puesto que las oraciones de la liturgia transmiten la inmensa misericordia del Señor, ya sea como memoria de los gestos de salvación del redentor, o como sacramento y ejemplo para la vivencia cristiana de cada día. De hecho la liturgia se desarrolla como sacramento de salvación de generación en generación, como lo expresa san León Magno: «El sacramento de la fiesta de hoy pertenece a los tiempos de todo fiel» (*Sermón 38,1*).

Roberto Russo

Sacerdote y párroco de la arquidiócesis de Montevideo (Uruguay), doctor en liturgia, integrante del grupo de expertos de liturgia del CELAM y profesor en la Facultad de Teología de Uruguay.

13 FRANCISCO, *Carta del Santo Padre Francisco al Presidente del Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización al aproximarse el Jubileo Extraordinario de la Misericordia* (1 de septiembre de 2015).

UN AÑO EXTRAORDINARIO DE MISERICORDIA

Maurizio BARBA*

El 13 de marzo de 2015, durante la celebración penitencial en la basílica de San Pedro, el papa Francisco anunció la convocación de un Año Jubilar Extraordinario de la Misericordia que se inició el 8 de diciembre, con la apertura de la puerta santa en el Vaticano, para concluirse el próximo 20 de noviembre de 2016, solemnidad de Cristo Rey.

Tal anuncio encontró su concreta realización el 11 de abril, cuando, durante la celebración de las primeras vísperas del domingo de la Divina Misericordia, el papa Francisco publicó la Bula de convocación del Jubileo explicando las motivaciones que están en el origen del Año Jubilar e indicando unas líneas-guía para vivirlo del mejor modo.

Repasemos el texto de la Bula de convocación, proporcionando un simple comentario del texto y ofreciendo algunas claves de lectura que ayudarán a comprender en profundidad el sentido de este particular documento pontifical.

La Bula, que se compone de 25 números, tiene una estructura tripartida: en la primera, el papa Francisco profundiza en el concepto de misericordia; en la segunda, ofrece algunas sugerencias prácticas para celebrar el Jubileo; en la tercera parte lanza algunos

* Este punto de vista, preparado por el autor en italiano para la revista *Phase*, ha sido traducido al castellano por Maria Guarch.

llamamientos. La Bula, además, se abre con algunas indicaciones relativas al desarrollo del Jubileo y termina con un reclamo a María, testigo de la misericordia de Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Las primeras palabras de la Bula de convocación, como del resto de los documentos magisteriales pontificales, anuncian el siguiente contenido: *Misericordiae vultus*, casi una pequeña encíclica sobre la misericordia y el perdón. «Jesús es el rostro de la misericordia de Dios» y la misión de la Iglesia es, especialmente en este tiempo particular de la historia, anunciar el incesante amor del Padre para todos sus hijos, incluso los más frágiles, los más heridos y los que se han alejado de su abrazo misericordioso.

Desde las primeras frases de la Bula el Papa ha querido comunicar sus pensamientos sobre la misericordia, corazón de la fe de la Iglesia, con una serie de expresiones significativas. La misericordia es: «fuente de alegría, de serenidad y de paz», «condición para nuestra salvación», «palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad», «acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro», «ley fundamental que habita en el corazón de cada persona», «vía que une Dios y el hombre» (núm. 2).

Además, se especifica el motivo por el que ha sido convocado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia, es decir:

Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre (núm. 3).

Como cada bula de convocación, especialmente en ocasión de un Jubileo fuera de las fechas ordinarias como lo ha querido el papa Francisco, el texto indica la fecha de inicio y fin del Año Santo, con los contenidos que se intenta destacar y los objetivos del pontífice que lo ha anunciado.

La apertura coincide con el 50 aniversario de la clausura del Concilio Ecueménico Vaticano II, el 8 de diciembre de 2015:

La Iglesia –afirma el Papa– siente la necesidad de mantener vivo este evento. Para ella iniciaba un nuevo período de su historia. Los

padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible. Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluido la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo (núm. 4).

Una particularidad de este Año Santo viene dada por el hecho de que no será celebrado solamente en Roma, sino también en todas las otras diócesis del mundo, como signo de comunión eclesial. La puerta santa fue abierta por el Papa en la basílica de San Pedro el 8 de diciembre, el domingo siguiente en la basílica de San Juan de Letrán y seguidamente en las otras basílicas papales, aunque el Papa ha invitado a abrir la «puerta» en todas las diócesis del mundo. Estará, entonces, a cargo del obispo local abrir una *puerta de la Misericordia* en la catedral o concatedral, en una iglesia de particular significado y también en los santuarios, donde tantos peregrinos se recogen en oración (núm. 4).

Además, el papa Francisco sigue la estela de la enseñanza sobre misericordia, dejada por sus predecesores: san Juan XXIII, que hablaba de la «medicina de la misericordia»; el beato Pablo VI, que identificaba la espiritualidad del Vaticano II con la del samaritano como «paradigma de la espiritualidad del Concilio», y san Juan Pablo II, que ha dedicado la encíclica *Dives in misericordia* al tema de la misericordia.

La conclusión tendrá lugar en la solemnidad litúrgica de Jesucristo, Rey del universo, el 20 de noviembre de 2016:

En ese día –prosigue el Papa–, cerrando la puerta santa, tendremos ante todo sentimientos de gratitud y de reconocimiento hacia la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia. Encomendaremos la vida de la Iglesia, la humanidad entera y el inmenso cosmos a la señoría de Cristo, esperando que derrame su misericordia como el rocío de la mañana para una fecunda historia, todavía por construir con el compromiso de todos en el próximo futuro. ¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros (núm. 5).

2. EL CONCEPTO DE MISERICORDIA

La Bula introduce el tema de la misericordia retomando algunos pasajes significativos del Antiguo y del Nuevo Testamento evidenciando que la omnipotencia de Dios se manifiesta en su uso de la misericordia, no como signo de debilidad, sino como privilegio y cualidad misma de Dios que se hace visible en su hacer hacia el pueblo en tantos momentos de la historia de la salvación con amor «visceral» (núm. 6).

La misericordia de Dios es «eterna», –destaca aún el Papa– retomando el estribillo que viene en cada estrofa del salmo 136, porque «no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre». «Eterna es su misericordia»: tal expresión ha sido el respiro del pueblo de Dios, recuperado y hecho propio también por Jesús en el momento de su pasión y muerte, y tiene que llegar a ser también «estribillo en nuestra oración de alabanza cotidiana» (núm. 7).

La misericordia, entonces, no es solamente un concepto abstracto, sino una realidad divina que se hace visible en la persona de Jesucristo, entonces, un rostro para reconocer, contemplar y servir. En Jesús «todo habla de misericordia, nada en él carece compasión», porque «su persona no es otra cosa sino amor, un amor que se dona gratuitamente». Y aquí el Papa enumera diversos pasajes del Nuevo Testamento en que la misericordia del Padre se hace manifiesta en la persona y en el hacer de su Hijo: su compasión por las multitudes perdidas (cf. Mt 9,36), la sanación de algunos enfermos (cf. Mt 14,14), la multiplicación de los panes y los peces (cf. Mt 15,37), su compasión por el dolor de la viuda de Naín por la muerte de su único hijo (cf. Lc 7,15), la liberación del endemoniado de Gerasa (cf. Mc 5,19), el llamamiento de Mateo, escena muy apreciada por el Papa que, retomando el comentario de san Beda el Venerable, ha elegido la frase *Miserando atque eligendo* como su lema episcopal (núm. 8).

Retomando diversas parábolas evangélicas, el Papa subraya que la misericordia «es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros». En concreto recuerda las parábolas: de la oveja

perdida, de la moneda perdida, del padre y de sus dos hijos (cf. Lc 15,1-32), del siervo cruel (cf. Mt 18,33-35). «Jesús afirma – explica el Papa– que la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos». De ahí la importancia del perdón en el año jubilar:

El perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso y para nosotros cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. ¡Cómo es difícil muchas veces perdonar! Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices (núm. 9).

Hablando de la misericordia en clave trinitaria el Papa pasa a describir la Iglesia como signo creíble de misericordia: «La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia». Imagen elocuente que no tiene necesidad de demasiados comentarios, sino que significa que el perdón y la misericordia son los ejes que soportan la vida de la Iglesia y como oposición a la constatación de un progresivo adelgazamiento en la cultura actual de la experiencia del perdón; el Papa ha intentado dar voz a una profunda necesidad del hombre:

Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza (núm. 10).

En tal sentido el Papa se pone en línea de continuidad con la Encíclica *Dives in misericordia* de san Juan Pablo II la reclamación de la cual es o el olvido del tema de la misericordia en la cultura actual o la urgencia de anunciar y atestiguar la misericordia en el mundo contemporáneo con «un nuevo entusiasmo y con una renovada acción pastoral». De ahí la advertencia de anunciar y vivir la misericordia, «corazón palpitante del Evangelio» y empeño «determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio» (núm. 12).

La primera parte de la Bula se concluye con el anuncio del lema del Jubileo, *Misericordiosos como el Padre*, extraído del evangelio de Lucas (cf. Lc 6,36). Se trata de «un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y de paz», subraya el Pontífice, que exige la capacidad de «colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios», así como de «contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida» (núm. 13).

3. SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA VIVIR EL JUBILEO

En la segunda parte de la Bula el Papa recoge una serie de maneras prácticas para vivir el Jubileo en plenitud espiritual.

Un signo peculiar del Jubileo es la peregrinación como símbolo concreto del camino de conversión y de orientación hacia la meta de la misericordia a través del empeño y del sacrificio. La peregrinación, entonces, como estímulo a la conversión: «atravesando la puerta santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros». La peregrinación tiene etapas que están trazadas desde la misma Palabra de Dios, luz para el camino del creyente, condensada en Lc 6,27-28: urgente es la invitación de Jesús a no juzgar, a no condenar, a perdonar, a dar; cuatro verbos que indican otros modos de obrar en la vida cotidiana para poder llegar a la meta deseada. Por eso:

Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. [...] ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. [...] Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad (núm. 14).

Tal invitación al perdón es el tema constante de todo el año jubilar el lema del cual es *Misericordiosos como el Padre*.

Otro signo peculiar del Jubileo el Papa lo indica en el renovado empeño por las obras de misericordia corporales y espirituales. La

invitación a «abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales» es signo de que la misericordia del Padre ha hecho impresión en la existencia del cristiano y lo estimula a la consolación, a la solidaridad y a la atención hacia los que viven «situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy», «tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad». El deseo del Papa de que durante el Jubileo el pueblo cristiano reflexione sobre las obras de misericordia corporales y espirituales es para «despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina». Es necesario, por lo tanto, no escapar al mandato del amor y de la caridad sobre el cual seremos juzgados en el fin de nuestra vida (cf. Mt 25,32-45), sino esforzarse «a dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos» (núm. 15).

Del resto, subraya el Papa, la misión de Jesús, explicada por el evangelista Lucas en el discurso de la sinagoga de Nazaret, es propio de ella anunciar «un año de misericordia». Por eso el Año Santo que se abre delante de nosotros tiene que llevar consigo la riqueza de la misión de Jesús:

Llevar una palabra y un gesto de consolación a los pobres, anunciar la liberación a cuantos están prisioneros de las nuevas esclavitudes de la sociedad moderna, restituir la vista a quien no puede ver más porque se ha replegado sobre sí mismo, y volver a dar dignidad a cuantos han sido privados de ella. La predicación de Jesús se hace de nuevo visible en las respuestas de fe que el testimonio de los cristianos está llamado a ofrecer (núm. 16).

La misericordia, el perdón y la conversión encuentran su cauce surgido del sacramento de la penitencia. A tal consideración el Papa solicita a las diócesis incrementar la iniciativa «24 horas para el Señor», a celebrarse el viernes y el sábado de la IV semana de

Cuaresma. En concreto, el Papa evidencia los frutos que provienen del hecho de que «muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos con vencidos en el centro el sacramento de la reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia» (núm. 17). El Papa dedica un párrafo aparte al tema de la remisión de los pecados; ante todo, espera que «los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre», no improvisándose esta tarea, sino convirtiéndose «ante todo, penitentes en busca de perdón». «Fiel servidor del perdón de Dios», en consecuencia, y no «dueño del sacramento», cada confesor tendrá que acoger los fieles «como el padre en la parábola del hijo pródigo», es decir «un padre que corre al encuentro del hijo no obstante hubiese dilapidado sus bienes». Los confesores, entonces, «no harán preguntas impertinentes», porque «serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón», llamados a ser «siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia» (núm. 17).

Otra indicación es ofrecida para la Cuaresma con el envío de los «misioneros de la misericordia», es decir sacerdotes a quien se dará «la autoridad de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede Apostólica». ¹ «Signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios», explica el Papa, estos serán los artífices de «encuentro cargado de humanidad, fuente de liberación, rico de responsabilidad, para superar los obstáculos y retomar la vida nueva del bautismo». Al mismo tiempo, el Papa pide que en las diócesis se organicen «misiones para el pueblo», de

1 Se trata de cinco pecados que por su gravedad solamente pueden ser absueltos por el Papa: profanación de la Eucaristía, violencia física contra el Papa, absolución por parte del sacerdote de un cómplice, consagración de un obispo sin la autorización del Papa, violación del secreto en la confesión. El aborto no está entra dentro de estos porque la absolución está reservada al obispo.

manera que tales misioneros «sean anunciadores de la alegría del perdón». Una iniciativa nueva y original con la que el Papa intenta evidenciar más concretamente su esmero pastoral y su solicitud para el bien de los fieles (núm. 18).

Otro elemento característico del Jubileo es la Indulgencia de la que habla el Papa en el núm. 22. La indulgencia –explica el Papa– demuestra que «el perdón de Dios por nuestros pecados no conoce límites». No obstante, mientras que en el sacramento de la reconciliación los pecados son cancelados por el perdón de Dios, con la indulgencia el pecador es liberado «de la huella negativa», «de las contradicciones que son consecuencia de nuestros pecados», que permanecen «en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos». En este sentido, quien obtiene indulgencia, viene «a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado».

4. LLAMAMIENTOS CONTRA LA CRIMINALIDAD Y LA CORRUPCIÓN

En la tercera parte de la Bula, el papa Francisco lanza algunos llamamientos. Es un fuerte reclamo contra la violencia organizada y contra las personas corruptas. Palabras muy fuertes con la que el Papa denuncia esta «llaga putrefacta» e insiste para que este Año Santo sea una verdadera conversión.

A los miembros de grupos criminales: «Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios que si bien combate el pecado nunca rechaza a ningún pecador. No caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad. Es solo una ilusión»; a las personas que favorecen o son cómplices de la corrupción:

La corrupción impide mirar el futuro con esperanza porque con su prepotencia y aidez destruye los proyectos de los débiles y oprime a los más pobres. Es un mal que anida en gestos cotidianos para expandirse luego en escándalos públicos. La corrupción es una obstinación en el pecado, que pretende sustituir a Dios con la ilusión del dinero como forma de poder. Es una obra de las tinieblas, sostenida por la sospecha y la intriga [...] ¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón (núm. 19).

El Papa dedica después una reflexión sobre la relación entre justicia y misericordia: «no son dos momentos contrastantes entre sí, sino dos dimensiones de una única realidad que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor». Recurriendo a la palabra de Dios, el Papa afirma que Jesús, tomando la distancia de una visión puramente «legalista» de la justicia, es decir de la «mera observancia de la ley que juzga», muestra «el gran don de la misericordia que busca a los pecadores para ofrecerles el perdón y la salvación». «La justicia de Dios es su perdón», y la norma de los discípulos de Jesús tiene que ser la insignia del «primado a la misericordia», porque «no es la observancia de la ley lo que salva, sino la fe en Jesucristo» (núm. 20).

En tal perspectiva, «La misericordia no es contraria a la justicia», porque a través de ella Dios ofrece al pecador la posibilidad de «examinarse, convertirse y creer». Naturalmente, añade el Papa,

Esto no significa restarle valor a la justicia o hacerla superflua, al contrario. Quien se equivoca deberá expiar la pena. Solo que este no es el fin, sino el inicio de la conversión, porque se experimenta la ternura del perdón (núm. 21).

Un último aspecto original es ofrecido por el papa Francisco, en esta tercera parte de la Bula, recuerda la misericordia como tema común con los hebreos y musulmanes:

«Este Año Jubilar vivido en la misericordia pueda favorecer el encuentro con estas religiones y con las otras nobles tradiciones religiosas; nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación (núm. 23).

5. CONCLUSIONES

En el final del documento, el Papa se inspira en la figura de María, «Madre de la misericordia», su vida está plasmada «por la presencia de la misericordia hecha carne». «Arca de la alianza entre Dios y los hombres», María «atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno». En tal contexto, el papa Francisco recuerda también a santa Faustina

Kowalska, la «gran apóstol de la misericordia», «que fue llamada a entrar en las profundidades de la divina misericordia» (núm. 24).

Finalmente, el Papa invita a «dejarse sorprender por Dios, que nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón» a los hombres. El Jubileo es la ocasión para recordar que la primera tarea de la Iglesia «sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo». Por lo tanto, en este particular Año de gracia la Iglesia –concluye el Papa– «se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se cansa de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: "Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos"» (núm. 25).

Para una vida rica en misericordia

A modo de conclusión de este comentario de la Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, con el que el papa Francisco ha querido reclamar la atención de la Iglesia entera sobre el valor de la misericordia, se desea que lo extraordinario del año de gracia no se termine en el marco de 365 días del 2015-2016, sino que pueda estimular a cada cristiano a madurar y a vivir en lo ordinario de su propia existencia la misericordia divina y a ser cada día portadores del perdón a los hermanos y promotores de paz en el mundo.

Maurizio BARBA

Doctor en liturgia y profesor en el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo (Roma).

¿CÓMO SE MANIFIESTA EN LA PASTORAL LITÚRGICA EL AÑO DE LA MISERICORDIA?

Ramiro GONZÁLEZ COUGIL

Se trata de concretar la vivencia del Año Jubilar de la Misericordia en el círculo anual, plasmado año a año por la sagrada liturgia en sus celebraciones.

1. EL AÑO DE LA MISERICORDIA

El Año Santo proclamado por Francisco, es un Jubileo Extraordinario de la Misericordia, un tiempo propicio para la Iglesia para hacer más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes (cf. *Misericordiae vultus* 3). Se trata de vivir esta Año Jubilar «a la luz de la Palabra del Señor: Misericordiosos como el Padre» (cf. Lc 6,36) (MV 13). Y vivirlo como «un año de gracia» (Lc 6,12), con el matiz de llevar sobre todo a los más pobres y afligidos la misión del Señor Jesús (Cf. *Ibíd*). Nuestra «regla de vida» debe ser dar la primacía a la misericordia (cf. Os 6,6), como lo hizo Jesús. Hemos de vivir también la indulgencia que se nos dona (cf. *Misericordiae vultus* 22b), abiertos al encuentro con otras religiones y nobles tradiciones religiosas (cf. *Misericordiae vultus* 23b) y dejándonos sorprender por Dios (cf. *Misericordiae vultus* 25), por su gracia y renovándonos espiritualmente (cf. *Misericordiae vultus* 3c).

2. LOS HITOS DEL JUBILEO DE LA MISERICORDIA DENTRO DEL AÑO LITÚRGICO

No está de más recordar que el año litúrgico como plan pastoral primero y permanente de la Iglesia, debe prevalecer (en el

domingo, solemnidades y fiestas) sobre cualquier otra celebración. Las demás celebraciones litúrgicas también del Año Jubilar deben supeditarse y armonizarse con aquellas. El Papa destaca algunas fechas y fiestas que conviene «colorear» con los contenidos del Año Jubilar. Veamos:

2.1. 8 de diciembre de 2015: Inmaculada Concepción

El Papa destaca frente al pecado de Adán y Eva, la plenitud del perdón (misericordia) de Dios, haciendo Inmaculada a la madre del futuro redentor. Ese día, el Papa abre la puerta santa de la misericordia, para que quien entre, experimente el amor de Dios que consuela, perdona y comunica esperanza (cf. *Misericordiae vultus* 3b). La fecha coincide también con el quincuagésimo aniversario del final del Concilio Vaticano II. Hay que mantener vivo este acontecimiento. Comenzaba una etapa nueva en la evangelización permanente que debe realizar la Iglesia. Era un paso fuerte del Espíritu por la Iglesia.

2.2. III Domingo de Adviento

Apertura de la puerta santa por el Papa en San Juan de Letrán, catedral de Roma. En las Iglesias particulares deberá hacerse lo mismo en las catedrales, concatedrales o iglesias de significado especial. A juicio del Ordinario se puede abrir también en los santuarios, en orden a la conversión de los peregrinos (cf. *Misericordiae vultus* 3c).

2.3. 20 de noviembre de 2016: Solemnidad de Jesucristo, Rey del universo

Conclusión del Año Jubilar y cierre de la puerta santa. El Papa pide «marcar» esta solemnidad de gratitud y reconocimiento a la Trinidad, encomendar la Iglesia, humanidad y el cosmos a Cristo Señor, para que difunda su misericordia en el futuro.

Pero, además de los tres momentos destacados, el Papa hace referencia a otros tiempos y celebraciones que, a mi entender, son como modélicos de otros espacios temporales en los que se pueden encarnar otros contenidos del Año Jubilar. Se refiere en concreto a:

- *La Cuaresma.* El Papa pide que «sea vivida con mayor intensidad, como momento fuerte para celebrar y experimentar la misericordia de Dios» (*Misericordiae vultus* 17). Recuerda las preciosas páginas que leemos en el mencionado tiempo litúrgico, del profeta Miqueas (cf. 7,18-19) y de Isaías (cf. 58,6-11).

Señala también la *iniciativa* denominada «24 horas para el Señor» a celebrar durante el viernes y el sábado que preceden al IV domingo de Cuaresma, como algo que debería incrementarse en las diócesis (cf. *Misericordiae vultus* 17c). En este contexto, Francisco destaca la importancia del sacramento de la reconciliación y la actitud de misericordia constante de los confesores (cf. 17c-d). Durante la Cuaresma de este año enviará «los misioneros de la misericordia». Serán un signo vivo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios, para que llegue a experimentar la profundidad y riqueza de la misericordia. Estos sacerdotes tendrán autoridad para perdonar los pecados reservados a la Sede Apostólica (cf. *Misericordiae vultus* 18a). Los obispos son reclamados para que inviten y acojan estos misioneros, para que sean predicadores convincentes de la misericordia (cf. *Misericordiae vultus* 18b).

Se organizarán en las diócesis «misiones para el pueblo» de tal manera que estos misioneros anuncien la alegría del perdón. Se tendrá especial atención a los alejados, criminales y corruptos (cf. *Misericordiae vultus* 18b-19). Los pastores, sobre todo durante el tiempo de Cuaresma, inviten a los fieles a acercarse «al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia» (Heb 4,16).

- *Los santuarios y peregrinaciones.* Estos lugares privilegiados son visitados a lo largo de todo el año por multitud de personas. Ellas son tocadas en el corazón por la gracia y en ellos encuentran el camino de la conversión. Hemos indicado ya, que, a juicio del Ordinario, podrá ser abierta la puerta de la misericordia en ellos (cf. *Misericordiae vultus* 3c). Las *peregrinaciones* son un signo peculiar en el Año Santo, pues son «imagen del camino que cada persona realiza en su existencia» (*Misericordiae vultus* 14). La vida humana es un peregrinar y el hombre es viador, peregrino que persigue una meta. Para llegar a la puerta santa en el lugar que sea, es necesario ponerse en camino. Así la peregrinación se convierte en signo de que la misericordia es una meta a lograr y exige sacrificio y compromiso. Atravesando la puerta santa nos dejamos abrazar por la misericordia de Dios y adquirimos el compromiso de ser misericordiosos con los hermanos.

Jesús indica los hitos de la peregrinación para lograr la meta: no juzgar, no condenar, perdonar y dar. Así seremos «misericordiosos como el Padre» tal como reza el «lema del Año Santo» (*Misericordiae vultus* 14c).

- *La presencia de María «madre de la misericordia»*. Todo en la vida de María «fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne». La Madre de Cristo, crucificado y resucitado se internó «en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor» (*Misericordiae vultus* 24). El *Magnificat* es el canto por excelencia de la misericordia. Junto a la cruz, María y Juan escuchan las palabras del perdón de boca de Jesús. En ellas se manifiesta hasta dónde llega la misericordia de Dios. Hay distintas misas de la *Colección de las Misas de la Virgen* que, en los días que la liturgia permite celebrarlas, contienen, sobre todo en la eucología, aspectos relativos a la misericordia. También ayudará el canto de las antifonas marianas (sobre todo la Salve) en la «Sabatina» y peregrinaciones a los santuarios marianos. Será una buena ocasión la festividad de la Virgen de los Dolores (15 de septiembre).
- *Santos y beatos que hicieron de su vida un testimonio de misericordia*. El Papa recuerda «a la gran apóstol de la misericordia, santa Faustina Kowalska». Ayudará la celebración de su memoria y sobre todo la del II domingo de Pascua, a profundizar en la misericordia del Padre, manifestada en su Hijo muerto y resucitado (cf. *Misericordiae vultus* 24). También ayudará la memoria de los santos más destacados en la vivencia de la misericordia de Dios y del amor entregado a los hermanos más pobres y desvalidos.

3. OTROS MEDIOS QUE SE PUEDEN AÑADIR

En lo que hemos apuntado sobre el Año de la misericordia tomado de la «*Misericordiae vultus*», aparecen medios y elementos para su mejor celebración. Ahora indicaré otros que pueden ser útiles para celebrarlo y vivirlo con mayor profundidad. Uniré los litúrgicos con los devocional-piadosos:

3.1. *La celebración del Viernes Santo*

Es el día de la crucifixión y muerte del Señor, celebración del memorial de la entrega sacrificial de Cristo por amor a los hombres. La cruz es expresión de la misericordia de Dios hacia el hombre. Pero

la cruz y la pasión signo también de triunfo y de la resurrección. El Evangelio de san Juan presenta a Cristo crucificado y transido por la lanza, como triunfador sobre la muerte y donador del Espíritu (sangre y agua), fuente de la vida renovada. Conviene cuidar la adoración de la cruz y profundizar en el sentido simultáneo de patíbulo y trono de gloria. Esto mismo debe profundizarse en la *fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz*, el 14 de septiembre. Se adornará también cerca del altar la cruz (una sola) que preside la celebración de la Eucaristía.

3.2. *La solemnidad del Sagrado Corazón.*

El viernes siguiente al domingo después de Pentecostés (3 de junio del Año Jubilar), la Iglesia celebra la solemnidad del Corazón de Jesús. Es el misterio mismo de Cristo, su persona considerada en su núcleo más íntimo y esencial: el Hijo de Dios, caridad infinita, principio de salvación y de santificación para toda la comunidad. El corazón de Jesús es la sede de la misericordia del Padre que abre los tesoros infinitos de su amor y de su perdón hacia los hombres. Este año debe celebrarse esta fiesta con solemnidad especial e invitando a los fieles a la conversión y reparación, al agradecimiento y amor a Jesucristo. Es una buena oportunidad para orar por los sacerdotes, dispensadores de la misericordia y el amor divino. Esta intención puede entrar también en la oración de los fieles y, si es posible, en una vigilia de oración.

4. LA CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

Conviene sobremanera en este año que, en la celebración de los sacramentos, se manifieste, en las palabras y los gestos, la misericordia y solicitud amorosa del Padre por los hombres, expresadas en la gracia sacramental. Y lo que decimos de todos los sacramentos, lo enfatizamos en aquellos (bautismo, reconciliación, unción de enfermos) donde dimana más hondamente la dimensión de amor y misericordia de la Trinidad. El *bautismo* se celebrará después de una buena preparación y catequesis a los padres, cuando se trata de niños. Se seguirá la mistagogía de la iniciación cristiana siguiendo el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, para los adultos. La

reconciliación ha de presentarse y celebrarse con especial celo de los pastores y con hondo deseo de experimentar la misericordia de Dios, por parte de los penitentes. La *unción de enfermos* prepárese y celébrese como un encuentro gozoso y lleno de consuelo por parte de Cristo y de asumir el enfermo el alivio con esperanza y en la perspectiva del encuentro definitivo con el Señor.

Además, la *Eucaristía* es culmen de las celebraciones y actividades a realizar durante este Año. La Eucaristía es centro de la vida sacramental, consumación de la vida espiritual y fin de todos los sacramentos (santo Tomás). Ella lleva a su cumbre el perdón recibido en el sacramento de la reconciliación. El cristiano ha de recorrer el itinerario penitencial para poder celebrar el sacrificio de Cristo (que perdona los pecados) y recibir su cuerpo, entregado a la muerte por nosotros y su sangre derramada para el perdón de los pecados (plenitud de la misericordia y comunión en la gracia y la gloria). Se ha de preparar bien la Eucaristía y celebrarla con la participación plena y gozosa de los fieles. Los pastores se preocuparán de modo especial de las periferias humanas, de los alejados y marginados. A todos debe llegar el mensaje de que Dios es Padre de todos y espera a todos para que sean destinatarios de la «indulgencia del Padre» (*Misericordiae vultus* 22). Es un buen Año para explicar a los fieles las partes y elementos de la misa en los que se hallan expresiones, signos y contenidos relativos a la misericordia, por ejemplo: el acto penitencial, los Kyries, la oración de los fieles, las *Plegarias de la reconciliación* (cuando lo permite la liturgia), la *Colección de Misas de la Virgen* (a utilizar las más adecuadas, conforme a la liturgia y particularmente en sábado, en santuarios marianos). También pueden aprovecharse algunas *misas y oraciones por diversas necesidades y misas votivas*. Habrá que elegir las adecuadas (por el perdón de los pecados, por la concordia, misterio de la santa cruz, la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo, sagrado corazón y de la misericordia de Dios).

5. LA LITURGIA DE LAS HORAS

Este es un año propicio para promover la celebración de la Liturgia de las Horas, sobre todo en las horas principales de laudes y

vísperas. Las palabras que inician el Oficio «Dios mío, ven en mi auxilio...» (Sl 70,2) representan ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Tocados cada día por su compasión, podemos también ser compasivos con los hermanos (cf. *Misericordiae vultus* 14). Los salmos de modo especial, destacan la misericordia, el perdón y amor de Dios hacia los hombres (cf. Sl 103,3-4; 146, 5-9; 147,3-6) (cf. *Misericordiae vultus* 6). Además expresan los sentimientos y las disposiciones del corazón del orante: agradecimiento, actitud penitencial, de súplica de misericordia, de alabanza y de glorificación. Cuando lo permita la Liturgia y en las celebraciones del pueblo, se elegirán aquellos salmos que destaquen el aspecto de reconciliación y de misericordia: salmos 25, 50, 103, 136, 146-147. Se aprovechará también la adoración con el Santísimo, la piedad popular, etc.

Ramiro GONZÁLEZ COUGIL

Doctor en liturgia y profesor en el seminario diocesano de Orense.

LA LITURGIA DESDE LA ENCÍCLICA «LAUDATO SI'»

Dionisio BOROBIO

Tratamos de poner de relieve algunos aspectos de la Encíclica «Laudato si'», que pueden ayudar a comprender lo que supone la llamada «liturgia cósmica», o «dimensión cósmica de la liturgia». Partimos del supuesto de que la primera y más fundamental liturgia es la que se desprende de la creación, en cuanto es expresión de una maravilla creadora, con ornamentos cambiantes según estaciones y lugares, que suscita admiración y alabanza, que se convierte en remitencia sacramental al Creador.¹ Bien entendido que esta perspectiva litúrgica sacramental, aunque aparece explícitamente al final de la Encíclica, no constituye un punto central de la misma. Pero, considerados los diversos aspectos que trata en su interrelación como totalidad, y contemplados desde la perspectiva de la fe, todo nos conduce hacia esa realidad sacramental de concentración de lo ecológico, de lo cósmico y lo creatural que son los sacramentos, sobre todo la Eucaristía. Destacamos algunos puntos, siguiendo el esquema de desarrollo del documento.

1. EL CLAMOR DE LA CREACIÓN

La creación es maravillosa, además de ser nuestra «casa común», «es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos» (núm.

1 Véase desarrollado este punto en D. BOROBIO, *Sacramentos y creación*. Salamanca: Secretariado Trinitario 2012.

1).² Pero, lejos de corresponder cuidándola y usando bien de ella, abusamos maltratándola, y de ahí su clamor: Porque todo progreso, que suponga una degradación de la naturaleza, supone también una degradación del hombre y de la sociedad. Por eso se exige una «conversión ecológica global», si queremos salvaguardar las condiciones morales de una auténtica ecología humana» (Juan Pablo II).

Cuando el cristiano creyente se reúne para celebrar el misterio de la salvación, celebra también la grandeza de la creación. Y, si toda celebración sincera nos emplaza a la conversión verdadera, no podrá evitar el convertirse también de sus pecados contra la creación, de sus abusos en el uso de los bienes de la creación. Es este un aspecto que debemos recuperar cuando examinamos nuestra conciencia y pedimos perdón. Educar en una «conciencia ecológica» supone ser conscientes de que el pecado, todo pecado, también afecta a la creación en alguna medida.

2. EL DETERIORO DE LA CALIDAD DE LA VIDA HUMANA Y DEGRADACIÓN SOCIAL

El hombre es una criatura de este mundo, y todo el desarrollo del mundo debe estar al servicio del hombre y al mejoramiento de su dignidad y de su vida. Los espacios insalubres y la contaminación tecnológica, no contribuyen precisamente a este verdadero desarrollo personal, relacional, social (núm. 47). La degradación ambiental (de la tierra, de las aguas, del mar) implica también la degradación humana y social, así como la discriminación entre ricos y pobres.

Pero hoy no podemos dejar de reconocer que *un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social*, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar *tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*» (núm. 49).

De ahí que «el gemido de la hermana tierra se une al gemido de los abandonados del mundo, con un clamor que nos reclama otro rumbo» (núm. 53).

2 Citamos entre paréntesis los números de la Encíclica a que nos referimos.

La liturgia y los sacramentos también tienen la función de colaborar a mejorar la calidad de la vida humana y social de las personas que participan. A ello puede contribuir el espacio externo donde se celebra: jardín, atrio, distensión, encuentro de personas, comunicación y relación fraterna... La calidad de vida también se mejora por la calidad de relaciones, de acogida mutua, de atención a los pobres, enfermos, impedidos, sin discriminación, en la caridad y amor fraternos. Esta dimensión ecológica-social también debe manifestarse en el interior de la iglesia y durante la celebración, como lo expresan los mismos ritos y palabras: rito de reconciliación y perdón; Palabra referente que siempre llama a la unidad, el amor, la misericordia; peticiones que atienden a todas las necesidades y necesitados; colecta que es símbolo de solidaridad y de justicia; plegaria eucarística, que recuerda y actualiza la salvación en Cristo a todos los hombres; rito de la paz que expresa el deseo y compromiso de promover la paz; comunión en el mismo cuerpo de Cristo, que une contra toda división, rivalidad... A la degradación humana, ética y social que implica la degradación ecológica, se opone la restauración y renovación del hombre, de los valores, de la relación social que conlleva una sincera celebración y participación en la liturgia y los sacramentos.

3. EL EVANGELIO DE LA CREACIÓN

Los cristianos creemos que nuestros deberes con la naturaleza y con la creación forman parte de nuestra fe (cf. núm. 62). El hombre con la creación entera es fruto del amor y la voluntad libre de Dios, que todo lo creó lleno de bondad: «Dios vio todo lo que había hecho y era *muy bueno*» (Gn 1,31). Pero la relación, originariamente armoniosa entre el Creador, el hombre y la creación se vio ya amenazada desde el principio por culpa del abuso del hombre, y esto continúa siendo también hoy una realidad. Los hombres no somos dueños absolutos de la tierra, sino colaboradores responsables en el desarrollo co-creador de todas sus potencialidades, al servicio del mismo hombre y para alabanza de Dios (núms. 68-69). La Escritura, sobre todo en sus Salmos, confiesa la alabanza que la creación entera rinde a Dios, e invita al hombre a alabarlo desde

la misma creación. Él está presente en lo más íntimo de cada cosa sin condicionar la autonomía de su criatura, y la forma más inmediata de alabar a Dios es reconocer esta presencia creadora en cada criatura. Más aún, creemos que «el fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal» (núm. 83).

Creación y salvación, presencia de Dios en la creación y presencia de Dios en los sacramentos, alabanza creatural-cósmica y alabanza litúrgica, bendición de Dios con los bienes de la naturaleza y bendición de Dios con el gran Bien-Don de la salvación por su Hijo... no están separados ni se oponen entre sí, sino que están unidos en una dinámica hacia la plena manifestación escatológica, donde aparecerá que Cristo es todo en todo. Los sacramentos, y sobre todo la Eucaristía, son la culminación sacramental de este «kairos» cósmico-salvífico en el «Kairos» pascual celebrativo, anticipo del «Esjaton», en el que la «cosmo y antropoteosis» llegarán a su plenitud en Dios.

4. LA ALABANZA DESDE LA CREACIÓN EN CRISTO

Todo el universo material es un lenguaje del amor de Dios, de su desmesurado cariño hacia nosotros. El suelo, el agua, las montañas, todo es caricia de Dios (núm. 84).

La creación es la primera gramática por la que nos habla Dios, y por la que los hombres podemos leer y aprender quién es Dios. La contemplación de lo creado «nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir, porque «para el creyente contemplar lo creado es también escuchar un mensaje, oír una voz paradójica y silenciosa» (núm. 85). De ahí que la creación sea la revelación primaria, y la liturgia primera por la que el hombre puede alabar a Dios y reconocer su presencia amorosa, su infinita belleza y armonía, en especial en la diversidad de los seres humanos con la dignidad de la que Dios mismo los ha dotado.

Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y

que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra (núm. 92).

Jesús asume y potencia esta concepción sobre el valor y el uso de la creación y de los bienes creados. Las parábolas y muchos de sus milagros están en relación con la naturaleza: con la semilla, el trigo, los árboles, las flores, aves y animales, aguas y mares, luz y tinieblas, cielo y tierra... «Todo fue creado por él y para él» (Col 1,16) (núm. 99). Desde la encarnación hasta la cruz Jesús anuncia la presencia del reino desde la diversidad de elementos de la naturaleza. En su misterio pascual todo será asumido misteriosamente y orientado a un destino de plenitud.

Dios quiso que en él residiera toda la Plenitud. Por él quiso reconciliar consigo todo lo que existe en la tierra y en el cielo, restableciendo la paz por la sangre de su cruz (Col 1,19-20) (núm. 100).

Siendo esto así para el creyente, se entiende que no puede haber una disociación, y menos ruptura, de lo que tiene su inicio y evolución en la creación, y lo que celebramos en la liturgia y los sacramentos, de ahí que todos ellos impliquen elementos creaturales: plantas, flores, frutos, óleo, agua, pan y vino etc., como mostraremos más adelante.

4.1. *¿Se puede alabar a Dios desde las nuevas tecnologías?*

El papa dedica un importante capítulo a las causas de la crisis ecológica, entre las que destaca la nueva tecnología, la tecnociencia, la energía nuclear, la biotecnología, la informática... (núms. 101 ss). Sin dejar de reconocer sus enormes ventajas, también señala sus peligros y abusos, concluyendo:

El ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia (núm. 105).

La «globalización del paradigma tecnológico», asumido como «un paradigma homogéneo y unidimensional» (núm. 106), encierra aspectos positivos, pero también negativos, cuando el hombre se deja dominar por su lógica y absolutiza lo que es simplemente instrumento, intentando controlar todos los elementos de la

naturaleza, con frecuencia a favor de unos intereses económicos y políticos (núms. 107, 110). El hombre debe reconocer que no es dueño y dominador absoluto de la naturaleza; que el bien del hombre y el desarrollo creativo y responsable de la naturaleza van unidos; que Dios está implicado en la misma naturaleza creada: ¡Todo está conectado! (cf. núms. 116-119). Una adecuada relación con el mundo implica una adecuada relación con los demás y con Dios, con el «Tú» divino. La inmanencia de la creación lleva entrañada la trascendencia hacia el Creador. Si el desarrollo material no va unido al desarrollo espiritual el mensaje de la creación no transformará la vida del hombre en su plenitud.

Justamente es este equilibrio entre lo material y lo espiritual, entre inmanencia y trascendencia, lo que pretende expresar y realizar la celebración litúrgica. En ella no se ofrecen nuevas técnicas para el dominio de la creación, pero sí se suscitan nuevas sensibilidades y actitudes para evitar su absolutización; sí se relativiza lo corporal en relación con lo espiritual; sí se confiesa que el único Dueño y Señor definitivo de la totalidad es Dios, que ha dotado al hombre y a la creación de una autonomía y dinamismo tales que permiten su participación y evolución co-creadora. Por eso, podemos alabar a Dios desde las nuevas tecnologías y con su utilización adecuada. Por eso rezamos confesamos que, más allá de las capacidades y logros de la tecnología humana, prevalece y permanece Dios, como dueño y Señor de todo lo creado. Por eso también rezamos: «Creo en Dios Padre, creador del cielo y la tierra...»

4.2. ¿Qué supone una ecología integral?

A continuación el papa se propone reflexionar sobre «los distintos aspectos de una *ecología integral*, que incorpore claramente las dimensiones humanas y sociales» (núm. 137). Todo hombre vive inmerso en un medio ambiente determinado, desde el cual y por el cual se ve sumergido en la misma naturaleza: «somos parte de ella y estamos interpenetrados». «No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental» (núm. 139).

Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo misma, que genera un determinado modo de relacionarse con los demás y con el ambiente (núm. 141).

Y todo ello implica también la valoración de una «ecología cultural», que incorpora historia, cultura, arqueología... como elementos de una identidad variada a una mejor comprensión de lo que es la humanidad entera (núm. 150). Por otro lado, la verdadera ecología «es inseparable del bien común» (núm. 157), del respeto a la persona humana, de la solidaridad, de la paz social, y en definitiva con la justicia entre generaciones (núm. 159). Si el deterioro ético y cultural acompaña al deterioro ecológico, no hay duda de que el impacto que todo ello tendrá en el futuro debe hacernos reflexionar y modificar nuestra voracidad de consumo, a costa de una explotación injusta de la naturaleza.

Planteado así el tema, se pregunta el papa: ¿Cómo actuar ante esta situación? A lo que responde proponiendo algunas líneas de orientación y de acción: 1. *Diálogo sobre el medio ambiente en la política internacional*. 2. *Diálogo hacia nuevas políticas nacionales y locales*. 3. *Diálogo y transparencia en los procesos decisionales*. 4. *Política y economía en diálogo para la plenitud humana*. 5. *Diálogo de las religiones con las ciencias*. 6. *Educación y espiritualidad ecológica*. 7. *Conversión ecológica*. 8. *Gozo y paz*. Entre todas estas medidas, las que más pueden incluirse en la celebración de la liturgia y los sacramentos son «la educación y espiritualidad ecológica» y la «conversión ecológica». Porque la liturgia puede contribuir de modo evidente a educar y a promover una espiritualidad ecológica, lo que supone difundir e intensificar una nueva conciencia y sensibilidad respecto a los bienes creados, una salida de la autorreferibilidad hacia la alteridad y la trascendencia. Y ello implica igualmente que se difunda una nueva educación y sensibilidad ambiental, que tiende a un equilibrio ecológico integral:

El interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, el espiritual con Dios. La educación ambiental debería disponernos a dar ese salto hacia el misterio, desde donde una ética ecológica adquiere su sentido más hondo (núm. 210).

Los ámbitos educativos son: la escuela, la familia, las instituciones civiles y eclesiales (comunidades) los medios de comunicación, la catequesis, la predicación, la misma celebración litúrgica... «La crisis ecológica es una llamada a una profunda conversión interior», que supone no separar el encuentro con Cristo del encuentro con la creación ni de las relaciones con el mundo que nos rodea, como nos enseña san Francisco de Asís. Esto implica despertar y renovar nuevas actitudes ante las realidades creadas: gratitud y gratuidad, reconocimiento como don de Dios, admiración y comunión ante los fenómenos de la naturaleza, creatividad y disfrute ante su belleza y sorprendente evolución, y en una palabra «fraternidad con todo lo creado», gozo y paz en, por y ante la creación (núms. 220-221). La verdadera espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad, a la sobriedad, a una libertad liberadora de ataduras materialistas, a una actitud más integradora de las diversas dimensiones humanas, a una superación de nuestros egoísmos, a una paz interior... (núms. 222-225). Las bendiciones al Creador por los dones de la creación (v.g. comida) pueden ser y son expresión de esta mística y espiritualidad. El gozo del amor a la naturaleza es el mismo que produce en nosotros el amor fraterno, gratuito y gratificante, desinteresado y reconciliador, expresado en pequeñas cosas y en grandes gestos. Es también el gozo que estamos llamados a vivir en la liturgia.

5. LA DIMENSIÓN CÓSMICA DE LA LITURGIA Y LOS SACRAMENTOS

La espiritualidad mística y ecológica nos lleva a descubrir la presencia de Dios en la creación y los fenómenos que conlleva.³ Pero la fe reclama también que esta relación y presencia se exprese y celebre por palabras y signos («per ritus et verba»), y esto sucede en y por la liturgia y los sacramentos de la Iglesia, en especial la Eucaristía. Además del testimonio de san Francisco de Asís, el papa recuerda los de san Buenaventura, san Juan de la Cruz, la liturgia Oriental, que resaltan la alabanza a Dios desde la creación. Pero da un paso

3 Una explicitación del tema, puede encontrarse en D. BOROBIO, *Sacramentos y creación*, Salamanca 2009.

más, viniendo a destacar como la misma creación es asumida en la liturgia y los sacramentos de la Iglesia, aportando una nueva actitud y sentido a los diversos elementos de la creación que se emplean en la celebración:

A través del culto somos invitados a abrazar el mundo en un nivel distinto. El agua, el aceite, el fuego y los colores son asumidos con toda su fuerza simbólica y se incorporan en la alabanza (núm. 235).

La liturgia, lejos de suponer una «fuga creationis», viene a explicitar, desde su remitencia al Dios Creador y al Verbo encarnado, y por medio de la intervención de la Iglesia (bendiciones), su más pleno sentido. Como afirmaba Juan Pablo II, en su Carta Apostólica «Orientale Lumen» (2 mayo 1995):

El Cristianismo no rechaza la materia, la corporeidad; al contrario, la valoriza plenamente en el acto litúrgico, en el que el cuerpo humano muestra su naturaleza íntima de templo del Espíritu y llega a unirse al Señor Jesús, hecho también él cuerpo para la salvación del mundo.

El Catecismo de la Iglesia católica afirma al respecto que «el hombre, siendo un ser a la vez corporal y espiritual, expresa y percibe las realidades espirituales a través de signos y de símbolos materiales. Como ser social, el hombre necesita signos y símbolos para comunicarse con los demás, mediante el lenguaje, gestos y acciones. Lo mismo sucede en su relación con Dios» (núm. 1146). Más aún, el primer lenguaje de Dios al hombre se encuentra en la misma creación, pues «Dios habla al hombre a través de la creación visible. El cosmos material se presenta a la inteligencia del hombre para que vea en él las huellas de su Creador» (cf. Sb 13,1; Rom 1,19-20; Hch 14,17). La luz y la noche, el viento y el fuego, el agua y la tierra, el árbol y los frutos hablan de Dios, simbolizan a la vez su grandeza y su proximidad (núm. 1147). Estos elementos creaturales constituyen una parte fundamental de la ritualidad religiosa, por lo que «las grandes religiones de la humanidad atestiguan, a menudo de forma impresionante, este sentido cósmico y simbólico de los ritos religiosos. La liturgia de la Iglesia presupone, integra y santifica elementos de la creación y de la cultura humana confiriéndoles la dignidad de signos de la gracia, de la

creación nueva en Jesucristo» (núm. 1149). Y más adelante afirma expresamente que:

Los sacramentos de la Iglesia no anulan, sino purifican e integran toda la riqueza de los signos y de los símbolos del cosmos y de la vida social. Aún más, cumplen los tipos y las figuras de la Antigua Alianza, significan y realizan la salvación obrada por Cristo, y prefiguran y anticipan la gloria del cielo (núm. 1152).

Esta ascunción de la realidad cósmica, y hasta corpórea, alcanza su máxima expresión y realización en la Eucaristía, donde Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura.

En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable. Unido al Hijo encarnado, presente en la Eucaristía, todo el cosmos da gracias a Dios. En efecto, la Eucaristía es de por sí un acto de amor cósmico (núm. 236).

Por eso puede afirmar que «la Eucaristía une el cielo y la tierra, abraza y penetra todo lo creado», divinizándolo en su cuerpo y su sangre, por cuya participación también el hombre creyente es divinizado, anticipando esa divinización plena escatológica, que se realizará al final de los tiempos. El mismo Juan Pablo II habló en este sentido en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Y el Catecismo de la Iglesia católica afirma que los signos del pan y del vino con los que se celebra la Eucaristía «siguen significando también la bondad de la creación», como se expresa en las palabras de la presentación de ofrendas, al decir «frutos de la tierra y del trabajo del hombre», y sobre todo como lo quiso Cristo al utilizar estos elementos en la Última Cena (Lc 22, 7-20; Mc 14, 12-25) (cf. núms. 1333, 1339).

6. LO CREATURAL-CÓSMICO PRESENTE EN LA ESTRUCTURA DEL SACRAMENTO

Así pues, el reconocimiento del papa Francisco de que la liturgia y los sacramentos tienen una dimensión cósmica, y que esta dimensión se expresa y realiza de modo especial en la Eucaristía, tiene sólidos fundamentos. Echamos en falta una fundamentación más explícitamente antropológica, a partir de la participación y presencia del mismo hombre en la acción sacramental. Pues, si está

implicado el hombre en los sacramentos, lo está con su mundo referencial creado y en proceso permanente de creatividad. Más aún, ese estar del hombre en los sacramentos no se realiza como algo independiente de la realidad creada, sino más bien en continuidad con ella, elevando la sacramentalidad creatural a sacramentalidad existencial, y en su propio dinamismo incluyéndola en los mismos signos sacramentales de la Iglesia. Por otro lado, si los sacramentos son signos sensibles, implicativos de una materialidad sensible o de una significatividad externa, quiere decir que en su misma estructura incluyen lo creatura-cósmico, de una u otra forma. Por algo la explicación clásica de la estructura fundamental de un sacramento habla de «materia» (signo material externo) y de «forma» (palabras que explicitan su sentido eficaz santificante). El mismo J. Ratzinger (papa Benedicto XVI) afirmaba al respecto:

Es evidente que la liturgia católica es una liturgia cósmica, pues en ella no solo desempeñan un papel esencial el cuerpo humano y los signos del cosmos: también la materia de este mundo forma parte de ella. La materia entra en la liturgia de dos formas. Por una parte, en forma de diversos símbolos: la sagrada hoguera de la noche de pascua, el cirio y, de nuevo, la llama que arde en él, los distintos utensilios litúrgicos, la campana, el mantel del altar etc...El segundo modo, aún más importante, en el que la materia de este mundo entra en la liturgia, lo encontramos en los sacramentos, que constituyen la liturgia en sentido estricto.⁴

De este modo, la sacramentalidad cósmica (el significante creatural), pasando por la sacramentalidad existencial (la remitencia de lo humano a lo trascendente), viene a concentrarse en los signos sacramentales, y en su estructura de «materia y forma». Por todo ello puede afirmarse que los sacramentos de la Iglesia son la concentración simbólica en palabras y signos de una sacramentalidad plural, que parte de la creación, es asumida por el hombre sobre todo en las situaciones fundamentales de su vida, y es elevada por Cristo y en la mediación de la Iglesia a sacramento eficaz y santificante de la gracia. Todos los sacramentos lo son porque todos

4 J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Madrid: Cristianidad 2001, 246.

realizan la «esencia» de lo que la Iglesia entiende por sacramento, porque comparten en común estos elementos esenciales. Pero cada uno realiza estos elementos a su modo, de forma diferente a los demás, concentrando en un signo propio (materia-forma) el sentido integral que la Iglesia les confiere. Por tanto, si la materia entra de diversas formas en la liturgia por diversos signos y símbolos (fuego, ceniza, cirio, luces, flores, utensilios y objetos litúrgicos...), entra de una forma más importante e intensa en los sacramentos de la Iglesia, ya que en ellos no solo está el referente de la utilización del mismo Cristo, sino también el reconocimiento de la Iglesia como elemento signal y eficaz para la gracia. Se trata de una inclusión de la realidad material en el signo sacramental, que tiene especiales características: Es una materia que en cada caso guarda una «similitud» o semejanza con el significado del signo (v.g. agua con purificación bautismal); es una materia que guarda una especial relación con el cuerpo humano (v.g. pan con alimento); una materia que recibe su valor y fuerza santificante en virtud de la invocación del Espíritu Santo (epiclesis); una materia «cristificada», en cuanto que por el mismo Espíritu rememora y actualiza la acción del Verbo en la creación y su redención por la Cruz; finalmente, es una materia que forma parte de la misma celebración del sacramento y del contexto celebrativo y de fe, que interpreta su sentido.

En una palabra, la gracia que recibimos por las mediaciones sacramentales de la iglesia, es una agraciación que implica la gracia presente en las cosas creadas, incorporadas ahora de una u otra forma a la acción simbólica sacramental. Por el sacramento no solo sabemos que Dios nos ama personalmente, sabemos también que nos ama en un mundo, por un mundo, a través de unas cosas creadas que, si bien siempre nos pregonan el amor de Dios, sin embargo en el sacramento nos lo dicen públicamente, eclesialmente, eficazmente, gracias a la presencia eficaz del misterio pascual, a la intención de fe del hombre, y a su humanización sacramental.

Y todo esto (como afirma el mismo papa Francisco) adquiere un significado especial precisamente en la Eucaristía del domingo, con su significado como «día del Señor», día de la Resurrección, primer

día de la nueva creación, primicia de la humanidad resucitada, y garantía de la transfiguración final de toda la realidad creada. Un día llamado, no solo al descanso corporal, sino también al descanso espiritual y a la renovación del mundo relacional que da sentido a nuestra vida como hombres cristianos. De ahí que el papa afirme que el domingo se nos ofrece como un día de «sanación de las relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo» (núm. 237). A esto debe conducirnos la celebración de la Eucaristía como eje y centro de la totalidad sacramental, y de todos los sacramentos de la Iglesia.

En conclusión: esta encíclica del papa Francisco no trata directamente sobre el tema que nos ocupa, pero tampoco está ausente. Todo lo que se afirma a lo largo de este documento tiene una aplicación y repercusión en la misma celebración de la liturgia y los sacramentos de la Iglesia, porque en ellos está presente la creación, porque por ellos recogemos la fundamental liturgia creatural, porque en su misma estructura contextual y señal recogen y asumen la «materia», obra de la creación y del trabajo del hombre.

Dionisio BOROBIO

Catedrático emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca.

BIBLIOGRAFÍA RECIENTE

Eloi ARAN SALA, *Ámbitos de revelación. Arquitectura y Nueva Evangelización* (CPL Libri 23), Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica 2015, 249 pp.

El arquitecto, teólogo y padre de familia Eloi Aran Sala ofrece una propuesta original en el debate actual sobre la arquitectura religiosa contemporánea. El título mismo indica la honda convicción del autor: los espacios sagrados son ámbito de revelación y lugares de nueva evangelización. Así, el autor

alaba tanto la capacidad sacramental de creaciones humanas para revelar lo divino, lo profundo y lo distinto, como la magnificencia divina de revelarse en lugares creados por seres humanos. Las dos partes del libro compaginan teoría y práctica arquitectónica.

José Manuel BERNAL LLORENTE, *Anáfora. Aproximación a la plegaria eucarística*, Estella: Verbo Divino 2015, 230 pp.

Con esta obra, que pretende conocer la plegaria eucarística desde dentro, José Manuel Bernal esboza un comentario teológico y pastoral sobre la plegaria de acción de gracias. Su propósito es ofrecer a los orantes un conocimiento profundo de la anáfora. Para ello acude a la tradición litúrgica hebrea intentando descubrir el tipo de

plegaria que pronunció Jesús en la Última Cena. Y examina luego cómo acogió la comunidad cristiana la bendición de Jesús y cómo fue cuajando en formas concretas, hasta convertirse en la anáfora de la Iglesia. El deseo del autor no es tanto ilustrar la mente cuanto contribuir a la autenticidad de las celebraciones.

Dionisio BOROBIO, *La penitencia como sacramento y como virtud en los Salmanticenses (siglo XVII). Un comentario actualizado* (Bibliotheca Salmanticensis – Estudios 351), Salamanca: Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca 2014, 191 pp.

Dionisio Borobio nos ofrece un nuevo libro sobre los Salmanticenses. En esta ocasión es el sacramento de la penitencia el que ocupa la atención. Se trata de un estudio sobre el volumen doce del *Cursus theologicus iuxta miram Divi Thomae*

Praeceptoris Angelici Doctrinam escrito por los Salmanticenses. Se trata de las cuestiones 84-90 de la *Suma Teológica* de santo Tomas donde este analiza la penitencia como sacramento y como virtud.

Arturo ELBERTI – Lucía VALDARNINI, *Arte e architettura sacra in Occidente. Storia e fondamenti*, Nápoles: Chirico 2015, 353 pp.

En este libro, los autores conducen al lector desde los fundamentos sinagogales y los orígenes de la arquitectura sagrada hasta las dis-

posiciones arquitectónicas del Concilio Vaticano II. En todo momento se intenta relacionar fe, liturgia, figuras artísticas y arquitectónicas.

Álvaro GINEL, *Ser monaguillo. Guía práctica para su formación litúrgica básica* (Celebrar bien 6), Madrid: CCS 2015, 127 pp.

De manera sencilla Álvaro Ginel ofrece la formación básica para aquellos que desean ser monaguillos: año litúrgico, espacio celebrativo, explicación de la Eucaristía,

funciones del monaguillo, libros litúrgicos, colores, ropas litúrgicas, objetos litúrgicos, gestos y posturas.

RAMIRO GONZÁLEZ COUGIL, *El año del Señor y su vivencia. Los textos, los símbolos, su sentido y significado* (Instituto Teológico Compostelano – *Collectanea Scientifica Compostelana* 35), Santiago de Compostela: Monte Casino 2015, 365 pp.

Este libro nos ofrece una introducción al año litúrgico, a su teología y espiritualidad, mostrándonos su rico contenido como medio ofre-

cido por Cristo y la Iglesia para poner a los hombres en contacto con los distintos misterios de la vida de Jesús, que se hacen presen-

tes y comunican gracia a lo largo del círculo anual. Junto al aporte espiritual, se explican también conceptos y símbolos de tipo bíblico y litúrgico que pueden ayudar a

conocer un poco más la riqueza del año litúrgico. Así, este volumen puede ayudar a la oración, a la predicación, a la catequesis, a la celebración.

Joan Josep MORÉ, *Eucaristia i penitència. Els seus aspectes teològics, espirituals i pastorals en l'obra de Mons. Pere Tena* (CPL Libri 10), Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica 2013, 487 pp.

Muchos autores han escrito sobre los sacramentos, sobre todo en esta época postconciliar. Entre estos, se sitúa monseñor Pere Tena, que fue obispo auxiliar de Barcelona y trabajó incansablemente durante toda su vida por promover la liturgia, en el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona o en el Instituto Superior de Liturgia de Barcelona, ambos fundados por él, o en la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, donde trabajó como subsecretario. Aquellos escritos referidos a la Eucaristía y a la penitencia han sido estudiados por Joan Josep Moré y su trabajo

ha visto a luz en la presente obra. De modo que, el presente volumen, un valioso mensaje en el campo de la sacramentología y de la pastoral litúrgica, a partir de la realidad concreta de cada momento. Se presentan también los documentos del magisterio que han tratado el sacramento de la Eucaristía y de la penitencia, así como las obras de los autores que han influido en el pensamiento teológico de monseñor Tena, en referencia a ambos sacramentos. A modo de anexo incluye toda la bibliografía de monseñor Pere Tena, así como la bibliografía sobre él.

Daniel PALAU VALERO, *La Iglesia-sacramento y los sacramentos de la Iglesia* (Sant Pacià 107), Barcelona: Facultat de Teologia de Catalunya 2014, 503 pp.

El presente estudio recupera la fuerza y la profundidad del hilo teológico dedicado a la sacramentalidad presente durante el Concilio Vaticano II, concretamente en dos ámbitos: el de la eclesiología y el de la liturgia. Si el Vaticano II afirmó de manera novedosa que la

Iglesia era como un sacramento, al mismo tiempo se mantuvo, en su esencia, inmóvil en el discurso de la sacramentalidad para el mundo de los sacramentos, el septenario. La hipótesis de esta investigación plantea la posibilidad de definir un punto de unión entre los dos

ámbitos. La obra profundiza sobre las consecuencias que este encuentro debía provocar en la teología, ya sea en relación al mundo de la eclesiología, ya sea en el ámbito litúrgico. Este escrito consolida, en última instancia, el propio discurso del mundo de la sacramentaria, sacando a la luz y exponiendo los argumentos presentes, tanto en los

debates del aula conciliar, como los que se ofrecieron durante el postconcilio, hasta llegar a nuestros días. El autor describe, finalmente, las ventajas que un planteamiento teológico-sacramental permitirían alcanzar para la comprensión de la Iglesia –más eucarística– y para el mundo litúrgico, otorgándole un impulso más misionero.

Juan José SILVESTRE VALOR, *La santa misa. El rito de la celebración eucarística*, Madrid: Rialp 2015, 284 pp.

Juan José Silvestre, doctor en liturgia, ha publicado una explicación mistagógica de la misa. La reforma litúrgica postconciliar pretendía, más que cambiar los textos, cambiar la mentalidad para hacer de la misa el centro y la raíz de la vida cristiana. Por medio de estas páginas, el autor ofrece una ayuda para lograrlo, partiendo de cada

palabra y de cada gesto de la celebración. Así, la finalidad de este libro es ser una ayuda para que los fieles –laicos, religiosos y sacerdotes– puedan recorrer el camino de identificación con Cristo que pasa por la escuela de la santa misa y más en concreto por el aprendizaje vital de las palabras y gestos de la celebración.

Tomáš ŠPIDLÍK, *La eucaristía, medicina de inmortalidad* (Raíces de la fe), Madrid: Ciudad Nueva 2015, 105 pp.

Las páginas de este libro recogen los temas principales de la Carta apostólica sobre la eucaristía *Mane nobiscum Domine* que publicó el papa Juan Pablo II el 7 de octubre de 2004. Bebiendo en los padres de la Iglesia, el autor nos hace ver cómo la eucaristía está en la raíz de todas las cosas: de la Iglesia, de la resurrección de nuestros cuerpos,

de la transformación del cosmos, etc. Dada, a su vez, la experiencia de Špidlík en el diálogo con la cultura contemporánea, este texto de profundo contenido pero de lectura ágil, puede ser un valioso instrumento tanto para dar razón de nuestra fe como para dar contenido a catequesis, predicaciones, etc.

Ioannis ZIZIOULAS, *Lo creado como Eucaristía. Aproximación teológica al problema de la ecología* (Emaús 126), Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica 2015, 90 pp.

La preocupación ecológica, es decir, la necesidad de cuidar todo lo creado, no es solo una exigencia ética para toda persona, sino que, para los cristianos, es bastante más que esto. Para los cristianos es una consecuencia directa e ineludible de la fe en Dios, lo que da a esta preocupación ecológica su fun-

damento más básico. La teología ortodoxa, tan centrada en la liturgia como culto de alabanza a Dios de todo lo creado, ofrece una buena perspectiva para reflexionar ese tema decisivo para nuestra civilización. Y eso es lo que este libro nos quiere presentar.

José Antonio Goñi

Cristobal ORELLANA, *35 años de SOMELIT* (Cuaderno SOMELIT 12), México: Buena Prensa 2014, 112 pp.

La Sociedad Mexicana de Liturgistas llega a sus 35 años de edad, es oportunidad para hacer memoria

de todo lo alcanzado, de los dones recibidos a lo largo de este caminar.

Marcelino DELFÍN POSO, *El ABC de los monaguillos*, México: Buena Prensa 2015, 160 pp.

El presente ABC de los monaguillos ha surgido de la inquietante petición de tantos párrocos y de los mismos monaguillos que lo han pedido para llevar un acompañamiento. No solo aprenderán

lo básico para prestar su servicio en la misa, sino también sobre los ritos en los sacramentos, la Sagrada Escritura, la doctrina de la Iglesia y la oración, ya que su relación con Jesús es lo más importante.

Antonio DONGHI, *¿No entiendo la liturgia!*, México: San Pablo 2015, 200 pp.

En este libro se explican los gestos, las palabras y las acciones que

se manejan al celebrar cualquier acción litúrgica.

Virginia MEAGHER - Paul TURNER, *La alegría de ser lector*, México: San Pablo 2015, 126 pp.

En el relato de Jesús en la sinagoga (Lc 4,17-21), nos revela la función actual de nuestros lectores en la celebración litúrgica. Como lectores, ellos y ellas ejercen un ministerio y buscan que podamos integrar la palabra de Dios en nuestras vidas.

Jorge MEDINA ESTÉVEZ, *¿Cómo hacer una buena confesión?*, México: San Pablo 2015, 64 pp.

Con la intención de ayudar a los fieles que desean confesarse de la mejor manera, y también para aquellos que no saben cómo hacerlo y tienen la necesidad de una orientación.

Ministerios y servicios litúrgicos (Manantial litúrgico 23), México: Buena Prensa 2015.

Este libro contiene documentación sobre los ministerios y servicios litúrgicos.

Sacramentales (Manantial litúrgico 24), México: Buena Prensa 2015.

En este número de la colección Manantial litúrgico se ofrece la documentación pertinente que la Iglesia ha dado en torno a los Sacramentales.

Paolo SARTOR, *«Este es mi cuerpo»*. Para comprender y vivir la Eucaristía, México: San Pablo 2015, 80 pp.

Esta obra será un instrumento útil para quien ya participa en la celebración eucarística, o también para aquellas personas que buscan a quien se hace presente cada domingo en la Eucaristía.

USCCB, *Edificada con Piedras Vivas. Arte, Arquitectura y Culto. Normas y Orientaciones sobre Arte Litúrgico*, México: Buena Prensa 2015, 176 pp.

Teniendo en cuenta los diversos estilos arquitectónicos, pero siendo fieles a las normas litúrgicas, el presente instrumento ofrece sólidos fundamentos teológicos para que los edificios e implementos dedicados al culto divino y a la construc-

ción de la comunidad eclesial, sean nobles y bellos, y cumplan con su misión de recordarnos la presencia de Dios entre su Pueblo y constituyan un signo evangelizador y de esperanza cristiana.

Vivir bien el tiempo de Adviento y Navidad, Bogotá: San Pablo 2014, 68 pp.

El tiempo de Adviento es un tiempo de espera, de oración y de penitencia, durante el cual los cristianos deberíamos prepararnos espiritualmente para recibir al Dios encarnado con un corazón purificado. Sin embargo, se ha convertido en la espera de las celebraciones superficiales con las cuales se festeja la llegada de la Navidad, un tiempo que se asocia más con

regalos materiales y diversión, que con esperanza y conversión.

El presente libro constituye un subsidio para restituir al Adviento y a la Navidad su sentido litúrgico, de manera que se vivan con la alegría de la conversión y la esperanza de la fraternidad que nos trae el Salvador. Incluye al final una recopilación de cantos litúrgicos apropiados para animar las celebraciones.

Cristóbal M. ORELLANA



Precio de suscripción para el 2016:
España: 58 €
Otros países (envío correo aéreo): 95,00 \$
Precio de este número: 10 €

phase

<http://phase.cpl.es/>

vinculada al

INSTITUTO SUPERIOR DE LITURGIA DE BARCELONA,
DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA DE CATALUNYA



Centre de Pastoral Litúrgica

✉ Nàpols 346, 1. 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 📠 933 184 218

✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es